

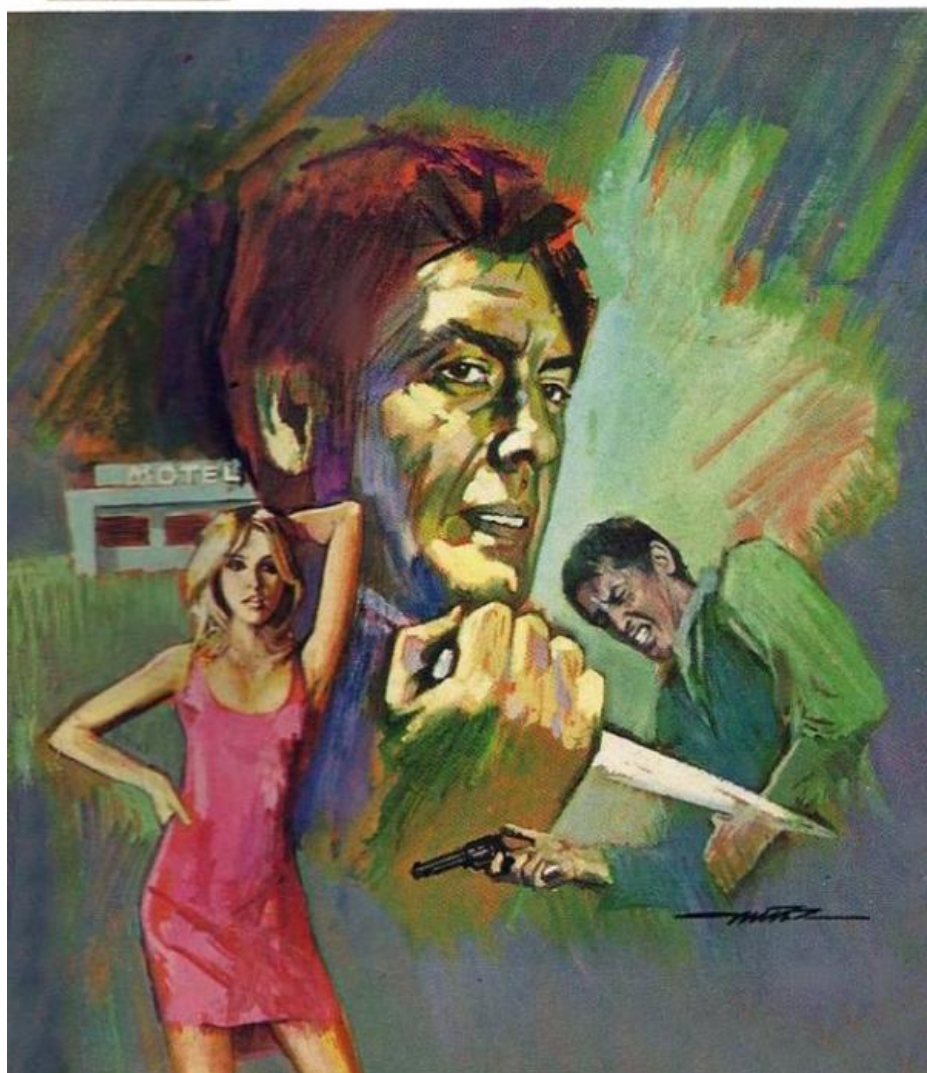
BOLSILEROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

muerte para la muñeca rubia

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

MUERTE PARA LA MUÑECA RUBIA

Colección PUNTO ROJO n.º 538

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 25.776 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1972

© SILVER KANE - 1972
texto

© JORGE NÚÑEZ - 1972
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.281 — No dispares, Ketty Loy.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.143 — El espía que llegó del Sol.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
738 — Infierno: capital Dodge City.
- En Colección KANSAS:
666 — Un buitre llamado Cox.
- En Colección BUFALO:
973 — Cara Dura City.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
604 — Los monstruos de Carson City.
- En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
531 — El asesino de las doce en punto.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
137 — Los ojos del buitre.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
78 — Mariposas negras.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

PROLOGO CON MUERTE

¡BRAAAAAAM!

La explosión había sido atronadora, bestial. Dio la sensación de que un obús había entrado por la ventana y lo estaba enviando todo al infierno. Los ecos del estallido repercutieron en todas partes. Los cristales saltaron. La puerta de la habitación pareció ir a desprenderse de sus goznes.

No fue eso lo peor.

El tipo que estaba junto a la ventana pareció desintegrarse en el aire.

Su muerte debió ser instantánea, pero al menos tuvo la suerte de no darse cuenta de que se iba al diablo. Seguro que ni se enteró de la explosión.

Pero el otro hombre que estaba en la habitación sí que se enteró. El otro hombre había dado una vuelta entera de campana un segundo antes de que el estallido se produjera, al comprender que aquello iba a ocurrir. La butaca le protegió de los pequeños cascos de metralla, pero los efectos de la explosión repercutieron en su cerebro y le dejaron medio aturdido durante unos momentos. Fue justo en este instante cuando alguien empujó la puerta y entró como un bólido en la habitación.

Era alguien que llevaba una metralleta plegable y había cobrado por usarla.

Es decir, era la propia muerte.

El hombre que se hallaba bajo la butaca sintió algo así como el sabor del plomo en la boca. Aquel hombre no llevaba ni media hora en Niagara Falls. Pero parecía haber venido allí a morir...

Mientras la rociada de balas venía hacia él, pensó con amarga ironía que todo había empezado tan solo unos minutos antes...

CAPÍTULO PRIMERO

¡MATA, LOBO, MATA!

La ciudad era Niagara Falls. Correspondía a la parte de las cataratas que da a Estados Unidos.

En contra de lo que mucha gente cree, Niagara Falls es una ciudad tranquila, apacible, de pequeños comercios y de hoteles poco ajetreados. A la gente no le interesan las cataratas vistas desde el lado de Estados Unidos. Las cataratas son hermosas vistas de frente, es decir, desde Canadá, donde los hoteles suelen estar abarrotados y las tiendas rebosan de gente. Pero al Niágara Falls del Tío Sam la gente suele ir solo de paso. Y el hombre que llegó aquella tarde a la pequeña ciudad también iba de paso, desde luego.

Pensaba estarse solo unas horas allí.

Justo el tiempo que necesitaba para salvar a un hombre y matar a otros tres.

Descendió de un inexpresivo coche, un «Pontiac» modelo 1970 que parecía hecho para no llamar la atención, y se dirigió a pie hacia el hotel llamado precisamente Niágara. Es un edificio de unos quince pisos, de ladrillo rojizo, con un vestíbulo ya algo pasado de moda y en el que los clientes parecen flotar, como si pertenecieran un poco a otra época. Cuando él llegó, dos botones vestidos de rojo se estaban disputando la misma chica en un rincón. La chica, que parecía tan feliz, clavó de pronto los ojos en aquel hombre.

Y ya no lo fue tanto.

Porque con gusto hubiera cambiado a los dos botones por una sola mirada de aquel tipo.

¿A quién le recordaba? ¿Qué tenía, que tanto le llamó la atención? ¿Eran sus ojos espantosamente grises? ¿Era la línea dura de su boca?

¿O la alta estatura y los hombros cuadrados?

¿O aquel indefinible aire de aventurero que se desprendía de él?

El hombre miró también a la chica, como había mirado a todos los que estaban en el vestíbulo del hotel, aun dando la sensación de que no se fijaba en nadie. Lo primero que hizo fue entrar en la cabina telefónica, dar el número de la habitación que ya tenía reservada y pedir una conferencia con cierto abonado de Nueva York.

Cuando se estableció la comunicación, preguntó con voz metálica:

—¿El señor Richard Cartway?

—El señor Richard Cartway no está —dijo una suave pero inexpresiva voz femenina—. Las oficinas ya han cerrado. Está usted hablando con la secretaria automática incorporada a la centralita telefónica. Sus palabras son grabadas en cinta y mañana por la mañana serán transmitidas puntualmente al señor Richard Cartway. Por favor, dé su mensaje con voz clara. Muchas gracias.

El hombre dejó que el disco parara.

Había escogido aquella hora porque sabía que no había nadie en la oficina de Cartway en Nueva York, lo cual resultaba mucho más conveniente para sus fines. El mensaje se recibiría igual y nadie tendría posibilidad de controlar su llamada.

Murmuró:

—He aquí el mensaje para el señor Richard Cartway: «Tu hora se aproxima, perro. Este es el tercer aviso y sabes que solamente habrá otro más. Pero aún tienes otra oportunidad: la última. Deposita los cinco millones de dólares en la forma que te he indicado o se sabrá lo que hiciste con aquella muchacha. No solo se sabrá, sino que además lo pagarás con tu sangre. Estás advertido. Te queda una semana para el último aviso. Una semana, piénsalo bien. Después del último aviso ya será demasiado tarde. Si pones en movimiento esos cinco millones, aún puedes evitar tu muerte. Haz la transferencia de la forma indicada o no tendrás tiempo ni de arrepentirte...»

El hombre calló.

Transcurrieron unos breves instantes, durante los cuales el mecanismo automático, al no recibir ningún sonido «comprendió» que la comunicación había acabado.

—Gracias por su mensaje, señor —dijo la voz femenina—. Será trasladado mañana mismo al señor Richard Cartway.

El hombre se acarició el bigote y luego la leve cicatriz que atravesaba su mejilla izquierda.

—Y encima las gracias... —dijo—. De nada, nena. De nada.

Colgó.

Fue a la habitación que tenía reservada y se cambió de ropa. Era una habitación más bien triste, en el piso doce, desde cuya ventana se divisaba la nostalgia de las calles vacías. El hombre, que había dado el nombre de Thompson, salió seguidamente del hotel y se dirigió a su coche.

Allí hizo una cosa muy sencilla.

Se quitó el bigote, negro, cambiándolo por otro entrecano, y sobre su cabello también negro y suave se puso una peluca completamente blanca, que cambiaba del todo su aspecto.

Aparcó el coche unas esquinas más abajo.

Sacó del portamaletas un nuevo equipaje.

Y se presentó en el hotel Worcester, donde también tenía habitación reservada, ahora a nombre de Budley.

Entró en ella cuando ya empezaban a caer sobre la ciudad las primeras sombras de la noche. Abrió la segunda maleta y extrajo de ella una pistola de doble cargador y cañón corto, a la cual acopló un silenciador que daba al cañón una longitud total nada despreciable. Una vez hecho esto, se remitió el arma entre la camisa y el pantalón, abrochando con cuidado la americana.

Descendió al piso inferior.

Y llamó con los nudillos a la habitación seiscientos once.

El tipo que le abrió iba en mangas de camisa y tenía un aspecto serio, reflexivo, como si fuera un profesor, aunque no estaba falto, ni mucho menos, de fortaleza física. Miró a su visitante y preguntó con voz inexpresiva:

—¿Quién es usted?

El hombre de la peluca blanca dijo con voz metálica:

—Le ruego que me deje pasar. Quiero darle un mensaje.

—Se ha equivocado de puerta, amigo.

—Es un mensaje de la embajada soviética.

El otro parpadeó.

—¿Cómo sabe que...?

—No corre usted ningún peligro. Al contrario, vengo a ayudarle. ¿Por qué no me deja pasar?

—¿Y cómo sé quién es usted?

—Hablemos en ruso, si quiere. Por mi acento podrá conocerme. Usted estaba esperando ayuda.

El hombre de aspecto doctoral preguntó en ruso, efectivamente:

—¿Cuál es su nombre?

—Me llamo Dudley. He llegado aquí en un «Pontiac». Tengo habitación reservada en el piso de arriba, pero trabajo para la embajada soviética.

Su pronunciación rusa fue perfecta.

El hombre de aspecto intelectual se declaró convencido. Abrió la puerta un poco más.

—Está bien, pase —dijo—. Me puse en contacto con nuestra embajada ayer. Estaba esperando que alguien llegara de un momento a otro.

—Pues ya he llegado, y los apuros han terminado para usted. Por favor, relájese y dígame cuál es su situación exacta en estos momentos. Dígame

también dónde están sus compañeros.

El ruso se acercó a la ventana mientras señalaba una de las modestas pero gruesas butacas de la habitación.

—Siéntese —dijo—. ¿Puedo prepararle algo de beber?

—No, no se moleste. Por cierto...

—¿Por cierto, qué...?

—¿Cómo es que tiene la ventana abierta? ¿No sabe que puede correr peligro?

—Es verdad; perdone. Hay cosas que nunca aprenderé porque no soy un profesional.

—Corra las cortinas.

—Bien.

El ruso obedeció. La mirada del que estaba en la butaca paseó por la habitación de una manera maquinal, como si no se fijase en nada, pero en realidad sus ojos eran un aparato de radar. Captaban todos los detalles, los detalles más insospechados, más nimios... Pareció captar como en una radiografía los movimientos del ruso cuando, este fue a encender la gran pantalla que había junto a la ventana, porque al correr en parte las cortinas, la pieza había quedado sumida en un mundo de sombras.

De pronto pareció brincar.

—¡No! ¡No lo haga!

Su voz fue un verdadero aullido.

En su mente pareció quedar trágicamente retratado un solo detalle.

La bombilla de la pantalla —lo había visto con sus ojos de halcón— era de 125. El voltaje de la corriente del hotel —lo había comprobado en su habitación— era de 220. Por lo tanto, la bombilla de la pantalla iba a explotar.

¿Por qué estaba allí?

¿Casualidad?

En todo caso no le quedó tiempo de comprobarlo.

El ruso había dado maquinalmente la luz, a pesar de su advertencia, y en ese momento se produjo el estallido. Fue horrísono. La explosión de la bombilla hizo estallar la bomba que había sido colocada debajo.

¡BRAAAAAAM!

La explosión había sido atronadora, bestial. Dio la sensación de que un obús había entrado por la ventana y lo estaba enviando todo al infierno. Los ecos del estallido repercutieron en todas partes. Los cristales saltaron. La puerta de la habitación pareció ir a desprenderse de sus goznes.

No fue eso lo peor.

El tipo que estaba junto a la ventana pareció desintegrarse en el aire.

Y fue entonces cuando se abrió la puerta.

Fue entonces cuando el fulano de la metralleta envió al aire su chorro de balas.

El llamado Dudley —o como el diablo quisiera que se llamase— había dado otra vuelta de campana, se había contorsionado salvajemente mientras extraía su pistola con silenciador. Claro que el silenciador bien poca utilidad tenía ahora, después del estruendo que se había armado.

Las balas picotearon la pared.

El de la metralleta estaba nervioso. Tenía ganas de terminar. No se dio cuenta de que estaba ante un enemigo que se movía con la velocidad del rayo y al que convenía apuntar con un poco de serenidad. Rociando de balas la habitación al buen tuntún parecía que se le acribillaba, pero no era así.

De pronto el de la metralleta sintió un pinchazo en el vientre.

Fue algo muy leve. En realidad, apenas sintió dolor. Pero se dio cuenta, de pronto, de que estaba disparando absurdamente al suelo. ¡De que le faltaban fuerzas para levantar la metralleta!

Lanzó un alarido al ver resbalar su propia sangre.

Y entonces el silenciador escupió otro taponazo. Fue apenas un leve y seco «plac».

Un botón rojo se marcó en la frente del ametrallador.

No pudo ni lanzar un grito.

Cayó pesadamente al suelo mientras soltaba su arma.

El hombre que acababa de matarle no perdió ni un segundo en contemplar su caída. Todo el hotel estaba en conmoción y dentro de muy poco se oiría el aullido de los coches patrulleros.

Salió inmediatamente de allí, tras dejar caer la pistola. Estaría repleta de huellas, pero ahora no iba a preocuparse de eso.

Con la mano izquierda se quitó las pequeñas membranas de plástico que cubrían las yemas de los dedos de la mano derecha. Eran unas membranas que tenían impresas las huellas dactilares de un muerto. El hombre se las había pasado repetidamente por la cara para que tuviesen lo que había que las huellas quedaran marcadas: un poco de sabor humano.

Inmediatamente se encontró en la escalera.

Había mucha gente allí. Todo el hotel estaba en conmoción. La cosa había sido tan rápida que nadie pudo hacerse una composición del lugar. Por supuesto, nadie se fijó en el sitio de donde salía aquel hombre. Mas bien le pareció a todo el mundo que brotaba de uno de los pasillos.

El detective del hotel llegaba lanzando bufidos.

—¡Apártense! ¡Por favor, apártense! ¡Necesito saber lo que ha pasado aquí! ¡Va a llegar la policía!

El hombre de la peluca blanca fue uno de los primeros en apartarse. Tenía interés en ello.

Volvió a su habitación, en el piso superior, y aguardó a que se desarrollaran todos los trámites que él sabía que tenían que llegar, y en los que jugaría el papel de una modesta pieza. En efecto, no había pasado ni

media hora cuando la policía entró en su habitación, le pidió que se identificara y tomó sus huellas.

No hubo problemas.

La documentación estaba perfectamente clasificada.

En cuanto a las huellas, jamás coincidirían con las que habrían sido halladas en el arma.

—¿Es que han encontrado algo importante abajo? —preguntó con aire de inocencia.

—No lo sabemos, señor Dudley —dijo uno de los policías mientras hacía un mohín indiferente.

—¿Algún arma?

—Repito que no lo sabemos. Necesitamos las huellas de todos los clientes por una cuestión de rutina. También por una cuestión de rutina le pedimos que no se mueva de la ciudad durante las próximas veinticuatro horas.

—¿No puedo pasar a la orilla canadiense para una visita a las cataratas? Serán solo dos o tres horas.

—Lo sentimos. No.

El llamado Dudley fingió resignarse.

Pero nadie le había prohibido salir del hotel, de modo que una hora después se dirigía discretamente al Niágara, donde estaba registrado como huésped con el nombre de Thompson.

Dejó transcurrir veinticuatro horas, durante las cuales no hizo más que dormir y mirar la calle nostálgica a través de la ventana.

Y es que los profesionales de la pistola también tienen derecho a descansar. Tal como se está poniendo el mundo, en muchos lugares ya se les ha prometido la jubilación y vacaciones pagadas.

Y hasta subsidio por la mujer. Y como todos tienen más de una...

CAPÍTULO II

LOS EXTRAÑOS TURISTAS DEL NIAGARA

Transcurridas aquellas veinticuatro horas, el hombre que se había inscrito con el nombre de Thompson se dirigió hacia el lado norteamericano de las cataratas. Sabía que la policía no habría encontrado ninguna pista y que estaría dando palos de ciego por todo el noroeste del país. De modo que se atrevió a establecer el segundo contacto, ya que el primero había fracasado totalmente.

Debían ser las siete de la tarde cuando entró en una pequeña cafetería cercana al cine Wellington, y que estaba casi vacía a aquella hora. Solamente un hombre perdía su tiempo lanzando inútilmente los dados ante un vaso de cerveza. Thompson se acercó a él sin mirarle, dio un traspié y casi le arrojó del taburete.

Aquel fue el pretexto para una conversación algo violenta al principio, y que luego fue haciéndose conciliadora. Un cuarto de hora más tarde, los dos hombres eran casi amigos y bebían juntos. Sólo entonces, observando que el camarero no se fijaba ya en ellos, lanzó Thompson la primera frase.

—Número Uno ha muerto —dijo suavemente.

—Lo saben todos. En Niagara Falls no se habla de otra cosa.

—Alguien debía haberlo identificado y le tendió una trampa. Había una carga explosiva conectada a la pantalla de su habitación. No quedaron ni los pedazos.

—Tú te salvaste por milagro, ¿no?

—También estaban detrás de mi pista. Yo sabía que ellos eran tres y ellos adivinaron que vendría solo. Supongo que a partir del momento en que llegué a Niagara Falls no habrán dejado de vigilarme.

—También te estarán vigilando ahora. Van a tratar de acabar contigo en cualquier momento.

Thompson sonrió de una manera lejana, indiferente.

—Riesgos del oficio —fue todo lo que dijo.

Ni por un momento frunció el ceño.

La posibilidad de que le matasen no parecía afectarle en absoluto.

Mientras bebía poco a poco su *whisky* doble susurró:

—Quedan Número Dos y Número Tres.

—Justo. Los tres rusos que vinieron a Estados Unidos, con permiso de su Gobierno, para establecer contactos secretos con nosotros. Pero si ellos eran tres, también eran tres los hombres dispuestos a matarles. Y ya han conseguido su objetivo con uno de ellos.

Thompson bisbiseó:

—El que lo hizo quedó bien servido.

—Sé que lo liquidaste. ¿Pudiste identificarlo? ¿Quién era?

—No tengo ni idea. Como comprenderás, no pude entretenerme en aquella habitación, puesto que se había armado tal estruendo que estaba en conmoción todo Niagara Falls. La policía sí que lo ha identificado, eso es seguro. Pero no suelta prenda.

Bebió otro sorbo de su *whisky* y musitó:

—Por eso he venido aquí. Pensaba que tú podrías informarme.

—Sí y no. Lo único que he averiguado es que el pájaro tenía antecedentes como pistolero profesional. No me extraña en absoluto, puesto que era lógico que enviaran detrás de ti un grupo de pandilleros. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

Thompson reflexionó.

Pareció mirar el espacio a través de su vaso vacío, donde ya no quedaba ni una gota de *whisky*.

—Queda Número Dos —musitó.

—¿Vas a tratar de dar con él?

—Sí.

—¿Y el Número Tres?

—No sé quién es. De momento, para mí, es como si solo el Número Dos existiera en el mundo.

Y salió de allí.

Sabía que ahora tenía que largarse de Niagara Falls y llegar hasta Chicago. Pero para eso hacía falta que la policía le diera permiso, lo que fácilmente requeriría unas horas más.

¿Qué puede hacer en Niagara Falls un hombre joven y al que le sobran unas horas?

Poco después, Thompson estaba con una chica. Seguramente sostenían una agradable chachara.

¿Y usted no pensaría lo mismo?

Bueno, aunque a veces las cosas no resultan como uno espera...

CAPÍTULO III

BAN, BANG, CARIÑO

La chica miró el paisaje apacible, manso, que se extendía más allá de ventana. Miró las calles de la ciudad, casi siempre tan quietas. Y aquella luz remota que parecía venir del otro lado, desde el Canadá, donde las cataratas iluminadas mostraban toda su magnificencia.

Thompson no la besó junto a la ventana.

Las ventanas no le gustaban demasiado, esa era la verdad.

Se acordaba del ruso.

De su sangre llegando hasta las paredes, de su cuerpo hecho pedazos...

Thompson bisbiseó:

—No te estés ahí, Marian.

—No tengo miedo de que me vea mi marido. No estoy casada.

—Y aunque tuvieras marido supongo que lo habrías dejado por lo menos en Texas... No, no te lo digo por eso... Las ventanas abiertas siempre me han parecido peligrosas.

—Qué tonto eres...

—No me hagas caso —susurró Thompson.

—¿A qué te dedicas?

—Soy viajante de comercio.

—Eso no me lo trago, amor.

—Bueno... Lo de viajante de comercio es una forma de hablar. Realmente soy un promotor de espectáculos.

—¿Chicas?

—No. Boxeo.

—Eso ya me lo creo más. Tienes pinta de... Bueno, de vivir entre doce cuerdas. Y me recuerdas a alguien.

—¿A quién?

—No sé... Es una sensación absurda. No podría decírtelo.

Thompson se volvió de espaldas. Había pedido un par de botellas y

hielo en el bar del hotel. Allí tenían todo lo necesario para olvidarse hasta de sus nombres aquella noche.

—¿Un *whisky*?

—Sí, pero flojo.

Y de pronto ella murmuró:

—¿Algo más...?

—No, por ahora. Gracias —fue la respuesta del llamado Thompson.

La muchacha sonrió.

De todos modos había alzado un poco su falda.

Y allí estaba la funda. Allí estaba, pegada al cálido y torneado muslo, la pistola extraplana cargada con dos mortíferas balas de gas. Una sola de ellas, alcanzase donde alcanzase a un hombre, lo enviaba al infierno.

La sacó en silencio.

Thompson estaba de espaldas.

Medía en aquel momento el *whisky* en uno de los vasos, sosteniéndolo levemente en alto.

La mujer apretó los labios. Había llegado el momento para el que tanto se preparó y por el que tan espléndidamente le pagaban. Apuntó al centro del cuerpo.

Y de pronto todo cambió para ella. De pronto sintió como si algo abrasara el fondo de sus ojos.

No se dio cuenta de lo sucedido. No comprendió que Thompson, volviéndose rapidísimamente, acababa de lanzarle a la cara el contenido del vaso de *whisky*.

Era el licor lo que le quemaba el fondo de los ojos.

Lanzó un gemido.

Thompson saltó hacia ella. La sujetó por los hombros mientras le zarandeaba brutalmente.

—No fue todo casualidad, ¿eh, muñeca? Las caídas de ojos y las exhibiciones de rodillitas en aquel bar no fueron tan espontáneas... Muy bien, preciosa... No voy a hacerte ningún daño si me dices quién te paga. ¡Habla de una condenada vez! ¡Habla!

Ella echó la cabeza hacia atrás.

Aún no podía verle.

Con voz ronca barbotó:

—Me enviaron a buscarte, pero... ¡pero no sé exactamente quién! ¡Te lo juro! ¡Recibí el dinero por giro y las órdenes por teléfono!

Thompson sabía que aquello podía ser verdad, pero de todos modos significaba una pista.

—Muy bien —dijo—, ¿dónde está el resguardo del giro? No me digas que lo empleaste como papel de fumar, muñeca...

—No... no lo tengo aquí... Te llevaré a mi casa.

—¿Dónde está tu casa?

—En Pittsburg, en una casa junto al río Ohio.

—Dame la dirección. No hará falta que vayas tú; no hará falta tampoco que me enseñes nada.

—¿Vas a... enviar a alguien?

—¡Eso no te importa! ¿En qué dirección exacta de Pittsburg vives?
¡Habla!

Le retorció la muñeca.

Ella se retorció de dolor.

Pensaba que iba a romperle el brazo y, en efecto, esa era la sensación que le interesaba dar a Thompson. Claro que no estaba dispuesto a romperselo porque entonces ella chillaría desaforadamente. Pero quería que tuviese la impresión de que iba a trincárselo en cualquier momento.

—¡Habla!

Ella volvió a gemir.

Y entonces Thompson sintió como si alguien se pusiera a buscar petróleo dentro de su cabeza. Entonces le pareció que había estallado un auténtico barreno entre sus cejas...

CAPÍTULO IV

TRAGICA MARIPOSA

Los dos hombres que le habían golpeado acababan de surgir junto a él sin hacer el menor ruido, como dos auténticos fantasmas. Las culatas se abatieron con tal fuerza sobre el cráneo de Thompson que este rodó por el suelo mientras sus ojos se volvían blancos.

Todo acababa de suceder con una enorme rapidez.

No había tenido tiempo de darse cuenta de nada.

La muchacha, al sentir que cesaba la presión de su brazo, sonrió aliviada.

Miró con gratitud a los dos hombres. Aquellos dos tipos de facciones anchas e inexpresivas, duras, herméticas.

—Menos mal... —musitó—. Creí que... que me mataba...

—¿Le has dicho algo?

—No... ¡Os juro que no!

—Hemos oído no sé qué de Pittsburg.

—Que vivía en Pittsburg. ¡Eso no significa nada!

—Pero tú vives allí.

—¡Repito que eso no significa nada!

Las facciones de los dos hombres se hicieron más duras, más herméticas.

Sus cuatro zarpas cayeron sobre la muchacha, que no acababa de entender aquello.

—¡Vosotros lo sabéis! —barbotó—. ¡Eso no significa nada!

—En nuestro oficio solo se fracasa una vez, preciosa. Dos veces, nunca.

Y la sujetaron febrilmente por la parte más carnosa de su estupenda anatomía.

La muchacha pensó fugazmente, al principio, que buscaban otra cosa. Creyó que con su belleza les había excitado. Durante unas fracciones de segundo pensó que los dos esbirros «iban de buena fe», si es que eso puede

expresarse de algún modo.

Pero inmediatamente la levantaron.

Lanzó un aullido de horror.

Sus ojos se desencajaron.

La ventana.

¡Doce pisos!

¡El espantoso vacío!

La voz pareció llegar desde el infinito.

—Sólo se fracasa una vez, preciosa.

Su alarido se perdió en la calma augusta del anochecer, mientras se desplomaba.

Niagara Falls.

Un buen sitio para vivir, qué cuerno.

Un sitio tan turístico que hasta por las noches vuelan al abismo las mariposas...

CAPÍTULO V

LOS MOSCARDONES

Los dos esbirros ni siquiera se alteraron ante el alarido de la muchacha. Para ellos, aquel había sido un trabajo rutinario más. Se frotaron las manos tranquilamente.

Y se volvieron hacia Thompson.

Tenían que darse prisa.

El alarido de la muchacha al caer habría puesto en conmoción a todo el hotel. Claro que, por el momento, nadie sabría desde qué ventana había caído, y hasta que lo averiguasen transcurrirían bastantes minutos. Era justo el tiempo indispensable que necesitaban para terminar su siniestro trabajo y escapar de allí.

Lo más difícil en esa clase de misiones es «darse el piro».

Por eso estaban dispuestos a no perder ni un segundo. Por eso se volvieron hacia Thompson inmediatamente.

Le habían dado bien.

Estaban seguros de que no se recuperaría, y de que podrían lanzarle tranquilamente por la misma ventana.

Pero sus ojos se desencajaron de sorpresa al verle.

Thompson, aún con la cara llena de sangre, se había puesto en pie. Y no solo era eso, sino que además avanzaba hacia ellos.

Fueron a sacar sus armas.

Habían guardado sus pistolas después de los culatazos y no calculaban necesitarlas de nuevo. Aquel gesto de vacilación durante el cual llevaron sus derechas a las fundas sobaqueras, les perdió.

Thompson había disparado sus puños.

Parecía llevar dinamita en ellos.

Estallaban en las caras como si fuesen barrenos.

Uno de los sicarios vaciló al borde de la ventana, mientras abría los brazos... Vio fugazmente, desde la inmensa altura, a la gente que estaba en

la calle, rodeando el cadáver ensangrentado de la muchacha.

Alguien le señaló gritando:

—¡Eh, cuidado! ¡Yo diría que la chica ha caído desde aquella ventana!

—Pues... ¡pues parece que alguien viene a hacerle compañía!

—¡Cuidado!

—¡Atráaaaas...!

Una vieja con cara de loro alzó los brazos al cielo.

—¡Me quejaré a la compañía de viajes! ¡Esto no figuraba en el programa!

El individuo vestido de negro flotó absurdamente por los aires un breve y trágico momento.

Diríase que se sostenía en el espacio.

Producía el efecto de un gigantesco moscardón que quisiera volar hasta el otro lado del Niágara.

Y de pronto se vio hacia abajo como un plomo.

Su cuerpo se estrelló junto al de la muchacha. Se oyó en la calle un múltiple alarido de horror.

El otro individuo había tratado de sacar su pistola. Pero mientras tenía la mano retenida en la funda sobaquera, Thompson disparó sus puños otra vez.

Los impactos sonaron como detonaciones.

Como brutales latigazos.

El segundo moscardón vaciló al borde del alféizar unos segundos antes de emprender su trágico vuelo. Su alarido llenó las primeras sombras de la noche. Y otra vez se vio desde abajo una sombra negra que planeaba en el espacio.

Casi fue a estrellarse también junto a su compañero y junto a la muchacha. El grito de horror de la muchedumbre debió oírse desde el otro lado del Niágara.

Pero no había que asombrarse tanto.

Estaban en Niagara Falls. Y Falls significa, precisamente, «caída»...

CAPÍTULO VI

LA DULCE LINEA DEL CIELO

Sí.

La llaman «la línea del cielo».

Skyline.

La gente «in», la gente de Chicago que se puede permitir lujos, los dueños de los comercios del Loop, los banqueros, los propietarios de periódicos, los artistas de cine y las cortesanas caras viven en Skyline, junto al lago. Allí se rascan el ombligo cuando hace sol. Desde allí llaman por teléfono para quedar con una amiguita o le clavan una bronca a un empleado.

Y el fulano alto, de hombros cuadrados y de mirada helada se dejó caer por Skyline.

Venía de Niagara Falls en un vuelo regular de la TWA, cuyo final estaba en Honolulu, con escala en San Francisco.

Pero el fulano no tenía tantas pretensiones.

El fulano, que había logrado escapar de un hotel de Niagara Falls con el uniforme de uno de los empleados, no llevaba más equipaje que un pequeño maletín y una «Luger» con cargador doble.

Se le veían unos ojos fríos, penetrantes; los ojos de un asesino.

Pero eso no llama la atención en una ciudad como Chicago, donde la gente va a lo suyo. Una ciudad donde en muchísimos barrios no se ve un solo hombre blanco. Una ciudad donde, por contraste, hay fabulosas mujeres negras.

El hombre, que ahora se llamaba Cleveland, se alojó en uno de los mejores hoteles de la zona aristocrática. Luego se duchó, se tomó un *whisky* doble, se cambió de camisa y se largó al Loop.

El distrito comercial de Chicago.

Casas de cien años, pero que conservan su ambiente. Magníficos escaparates. Magníficos coches. Magníficas señoras.

Y el traqueteo del elevado por encima de las cabezas.

Hay un anuncio internacional que emplean mucho las compañías aéreas y que dice: «Si le gusta a usted la carne, vaya a Chicago».

En Chicago están los mataderos más considerables de América, y por tanto se consume la carne más fresca del país. El bistec a la plancha es una institución de Chicago, como las ostras son una institución de Bretaña y como el *canard au sang* es una institución de París. Por el Loop siempre se mueve una multitud abigarrada, densa, formada por individuos inclasificables de todas las razas del mundo.

Por eso Cleveland no llamó la atención.

Fue a comer un bistec a la plancha a un restaurante de libre servicio. Y el tipo que se sentó a su lado, con el que no había cambiado más que un par de palabras, le ofreció un cigarrillo cuando terminaron de comer.

Cleveland lo aceptó.

Lo fumó sin prisas cuando el otro ya se había ido.

Y luego depositó la colilla en el cenicero.

Bueno, fingió hacerlo.

En realidad, después de aplastarla, la colilla quedó retenida en sus dedos, aunque fingió haberla depositado allí.

Cleveland salió del local.

Y se metió en un *burlesque*.

Un *burlesque* es un sitio donde resulta muy difícil que a uno le den un garrotazo, porque hay demasiada gente. Y Cleveland se situó en un punto desde el que podía vigilar a todo el mundo, por si alguien entraba siguiéndole.

Pero no notó nada.

O no le seguía nadie, o lo hacían tan bien que no se había dado cuenta.

Puso sus ojos en el escenario. El *burlesque* valía la pena.

Señoras impresionantes. Portaligas. Piernas que se alzaban. Ojos que miraban anhelantes.

A Cleveland no le impresionaba nada de aquello, pero lo disimuló. Oficialmente era un mirón más. Luego fue a los lavabos, y abrió con la uña el filtro del cigarrillo, que había conservado entre sus ropas.

La dirección estaba allí. «Paulus Foreman, 218 Marina Bulevar, Apt. 44».

Marina Bulevar.

Buen sitio.

Todo allí son buenas «jaulas».

Cleveland arrojó los restos del cigarrillo por el WC. Nadie metería allí las narices para buscarlos. Luego salió del *burlesque* y tomó un taxi junto a la estación del elevado.

Pero no se dirigió a Marina Bulevar.

Se dirigió al cementerio.

Parecía absurdo que un tipo como él se dedicara a visitar a los muertos, a menos que... Bueno, quizá Cleveland tenía más amigos entre los muertos que entre los vivos. Quizá de vez en cuando necesitara dedicarles sus recuerdos.

Mientras el taxi esperaba fuera, él se dirigió a la fosa común. ¿La fosa común? ¿A quién buscaba Cleveland allí?

Ni una inscripción, ni un nombre.

Ni un recuerdo.

Cleveland permaneció un instante en silencio ante aquella fosa anónima, la fosa de los desesperados y de los olvidados para siempre. Luego salió para meterse de nuevo en el taxi, que le seguía aguardando.

Pero ahora el taxi no estaba solo.

Había un magnífico «Chrysler» junto a él.

Y un tío alto y cuadrado.

Un fulano bajo cuya americana se marcaba el bulto del revólver.

Cleveland ni siquiera parpadeó.

Sólo le hizo una seña.

Los dos se metieron en el taxi y Cleveland dio la dirección de Marina Bulevar.

El fulano alto y cuadrado susurró:

—Menuda la armaste en Niagara Falls, muchacho. La policía está buscando aún hasta debajo de las cataratas.

—Fue algo inesperado, Rock.

—Sí, ya sé que la palmó el Número Uno.

—Y estuve a punto de palmarla yo. Las cosas se han puesto tan graves que ahora es como si tuviéramos que empezar de nuevo.

El gordo suspiró.

—Aquí te llamas Cleveland, ¿no?

—Exacto.

—Pues muy bien, Cleveland: me cisco en tu tía.

—Y yo en tu suegra. ¿Por qué no estáis contentos conmigo en el servicio secreto? ¿Qué pasa?

—Demasiado ruido. Este asunto tenía que resolverse pacíficamente. Los rusos lo pidieron.

—El ruido no lo he armado yo, sino los que tratan de entorpecer nuestros planes. No tengo la culpa sí, desde que establecí contacto con el Número Uno, empezaron a estallar bombas en las lámparas y a aparecer tíos con metralletas en las puertas. De todos modos, si no estáis satisfechos llamad a otro.

—Sabes perfectamente que los rusos exigieron tratar contigo. Les mereces confianza desde que viviste un año entero en Moscú. Por nuestro gusto habríamos designado a otro.

—Y ese otro ya estaría muerto.

—Sólo te digo una cosa: ojalá la palmes, Cleveland. Ojalá tu esqueleto aparezca en una lata de carne en conserva de las que preparan en los mataderos de Chicago, Cleveland.

—Me tenéis mucha simpatía, Rock. Pero voy a decirte yo también una cosa: al seguirme has vulnerado todas las órdenes. No tenías que haberlo hecho.

—En realidad quería protegerte. Quería estar al quite por si pasaba algo.

—En ese caso debo estar en baja forma, Rock. No he notado que me seguías.

—He cambiado de coche dos veces.

—Pero tenía que haber visto, de todos modos, tu trompa de elefante. ¿No la sacabas por la ventanilla?

Rock le dio un codazo que por poco hace tambalear el taxi.

Menos mal que los coches americanos son grandes y lo aguantan todo. Pero el esqueleto de Cleveland no aguantó tanto, a pesar de que también era americano. Tuvo la sensación de que el golpe le estaría doliendo una semana entera.

Rock masculló:

—Y esa visita al cementerio, ¿por qué? He tenido la sensación de que buscabas aquí a un enlace.

—Era una cosa personal, Rock. Yo también tengo cosas personales.

—Narices. Narices largas y puercas. Un miembro del servicio secreto no puede tener nada personal.

Cleveland entrecerró un momento los ojos.

Su expresión cambió por un instante. Se hizo más tierna, más dulce, más humana.

Pero eso duró solo un momento.

Balbució:

—Te repito que es un asunto personal, Rock. Hace años que yo iba a visitar a una chica en el hospital público de Chicago. Estaba muy enferma y resultaba difícil que tuviese salvación. Pero yo la visitaba. Yo quería ayudarla a vivir. Quería hacerle creer que la existencia no es un lago negro donde los hombres se transforman en ratas.

—Pues vaya tío para demostrarle eso.

—Lo sé, Rock.

—Tú, que la mitad de la vida te la has pasado pegando tiros.

—Lo sé, Rock.

—Y la otra mitad sobando chicas.

—Vete al infierno. Rock.

—Ya vivo en él hace años, muchacho. Soy un cliente muy conocido. Lo que llaman *in fiijo*. Bueno, ¿qué pasó con esa chica?

—Se enteró de que yo manejaba dinero. Me tuvo por un hombre

inmensamente rico.

—Je, je... Maldito seas, Cleveland. ¡Qué cosas...!

—El caso fue que se fugó. Pensó que me había enamorado de ella y no quiso estropear mi vida. «Yo no soy nada —me había dicho más de una vez—. Yo no tengo derecho a ser una carga». Y seis meses después me enteré de que estaba ahí. Ahí, tiesa. Mezclada con centenares de hombres y mujeres tiesos. No quedaba ni su nombre. Nada. Sólo como un soplo en el aire, a veces, cuando paso por delante del hospital. O como el recuerdo de una sonrisa.

Rock hizo crujir los nudillos.

—No me vengas con que eres un sentimental, Cleveland.

—Nunca he negado que soy simplemente un hijo de zorra.

—Pues revienta, hermano. Y revienta pronto. Así el Estado se ahorrará una paga cuando llegue el final de mes.

* * *

Marina Bulevar.

Las dos torres de lujo que dan su fisonomía peculiar al moderno Chicago.

La Skyline.

Los magníficos rascacielos recortándose en las aguas quietas del lago.

Los tíos gordos.

Las secretarias estupendas.

Cleveland fue al número 218.

Apartamento 44.

Paulus Foreman.

Bajo ese nombre se ocultaba el Número Dos.

Quizá, después de todo, las cosas resultarían bien. El Número Dos sabía casi tantas cosas como el Número Uno.

Una mano que se tiende hacia el timbre.

Un timbre que suena.

Una puerta que se abre.

Una cara de mala uva.

Y una pistola que se clava en la misma boca del estómago.

Cleveland alzó un poco las manos, mientras dirigía hacia su frente una sonrisa helada.

—Hola, buitres.

El tipo que estaba frente a él no podía ser Paulus Foreman. Ni tenía nada que ver con el Número Dos.

Era un esbirro como los que había conocido en Niagara Falls.

Todo aquello hizo comprender a Cleveland que el Número Dos estaba muerto, y que muy pronto lo estaría él también. Pero ni por un momento se alteraron sus facciones. No se borró tampoco su sonrisa.

—Pasa.

Dentro había cuatro pájaros más.

Mejor dicho: tres pájaros y una pájara.

La pájara estaba comestible.

Descansaba de tal manera que había colocado sus piernas encima del respaldo de la butaca.

En el panorama había tantas curvas como en una montaña del Everest.

La chica tenía muchas cosas que valía la pena mirar. Y otra que no valía tanto: el revólver «Colt» con el que apuntaba a la cabeza de Cleveland.

—Sabíamos que vendrías aquí, pichón —dijo.

—Y por lo visto, os habéis movido antes que yo. ¿Es que no tenía vigilancia el Número Dos? ¿Nadie que le protegiera?

—El mismo había pedido que no se le vigilase para que ni un detalle llamara la atención. Tenía que parecer un pacífico ciudadano norteamericano. De todos modos le asignaron un policía, pero ese policía está muerto. Deléitate con el panorama, amor. Mira.

Con la punta del zapato le señalaba hacia el cuarto de baño.

Cleveland miró muchas cosas más que el zapato.

Y...

¡CHASK!

Cleveland había intentado volverse.

Había intentado jugar la carta desesperada de cazar a alguno de aquellos tipos por sorpresa y emplearlo como parapeto contra los demás. Pero, ¡narices! El que estaba detrás suyo le había atizado bien en el centro del cráneo.

Cleveland rodó por el suelo. El que acababa de golpearle le despojó de la «Luger».

—Todos los que me miran se desmayan como tú, amor —dijo la chica—. Se ve que hoy mis piernas tienen el día.

Y siguió indicándole el cuarto de baño.

Cleveland se levantó pesadamente y entró.

El policía estaba allí.

Morado.

Quizá la chica le había atraído con alguna argucia. Y luego, entre todos los demás, lo habían ahogado en el cuarto de baño...

También estaba Paulus Foreman.

El Número Dos.

Al Número Dos le habían hecho pasar por el viejo «suplicio de la bañera», que ya empleaban los SS hace treinta años. A un individuo se le

sumerge la cabeza en agua hasta que se ahoga. Cuando ya va a dar la última boqueada, se le saca y se le permite respirar. Apenas se recupera un poco, se le sumerge de nuevo. El suplicio, al cabo de media hora, ha llegado a hacerse tan intolerable que hasta el hombre más fuerte queda deshecho y se siente inclinado a hablar. Y encima tiene la ventaja de que ese suplicio no deja huellas. Se puede enseñar luego el cadáver y decir cínicamente: «Ha muerto él solito de un ataque al corazón. ¡Pero si nosotros no lo hemos tocado! ¿No ven que tiene la piel entera?»

Al Número Dos no solo le habían hecho aquello.

Le habían también quemado las plantas de los pies mientras le amordazaban sólidamente para que no gritase.

Todo eso en lo más elegante de Skyline.

Donde se dice que la gente lo pasa bomba.

Cleveland entrecerró un momento los ojos.

—Veo que no os ha sido fácil —murmuró—. Y seguro que ha muerto sin decir una palabra.

La chica había avanzado poco a poco hasta el cuarto de baño.

Con la mayor naturalidad se sentó al borde de la bañera, junto a los dos cadáveres, y murmuró:

—Es cierto: no ha dicho nada. No sabemos quién tiene los planos ni dónde han estado ocultos hasta ahora. La única esperanza que nos queda es el Número Tres.

—Y pensáis que yo os diga quién es, ¿verdad?

—Exacto, amor. No nos fue tan difícil averiguar quiénes eran el Número Uno y el Número Dos, puesto que al fin y al cabo se trataba de ciudadanos rusos. Cribar entre ellos resultaba bastante elemental. Pero el Número Tres es un americano. Hay doscientos diez millones de podridos americanos en este país. De modo que solo encontraremos al Número Tres con tu valiosa ayuda, que supongo nos prestarás «desinteresadamente»...

Cleveland supo lo que le esperaba.

No se hizo ninguna ilusión.

¡Maldita sea! ¿Por qué se había separado de Rock? Podía serle muy útil en este momento. ¡Rock era capaz de matar a un tío con su trompa!

La chica susurró:

—Vais a empezar por descalzarle, muchachos. Veremos si las plantas de sus pies resisten mucho tiempo la prueba del fuego.

Cleveland, tragó saliva.

Sabía que no se trataba de resistir.

Al cabo de media hora de suplicio, sus pies quedarían de tal modo que quizá no podría andar nunca más.

—No tengo la menor idea de quién es el Número Tres —murmuró—. La única dirección que se me había dado era la del Número Dos.

—Pero ahora está muerto. Por tanto, entrarás en contacto con el

Número Tres.

—No me han dicho todavía quién es. No tengo ni idea. Dentro de una semana, cuando me lo digan, ya os enviaré un telegrama y todos tan contentos.

Un nuevo golpe en la cabeza le hizo tambalearse.

La chica mascullo:

—¡Aprisa! ¡Fuera los zapatos!

Cleveland tendió la pierna derecha.

Fingió ir a ayudarles incluso.

Y de pronto se movió. De pronto inició aquella especie de baile que acababa de inventar.

Sabía que eran cinco contra él.

La mujer de las piernas sensacionales y los cuatro marranos a sus órdenes.

Por eso sus movimientos tuvieron algo de desesperado y de frenético, ya que sabía lo que le esperaba. Por eso su ya fabulosa rapidez se multiplicó por cien. Con la pierna derecha levantada propinó un terrible puntapié al mentón del fulano que ya se inclinaba para arrancarle el zapato.

Se oyó un aullido.

El golpe al mentón había sido tan fulminante que el tipo acababa de quedar K.O. Dio una especie de voltereta y se hundió junto al policía muerto en el agua de la bañera.

La chica y los otros tres no se estuvieron quietos.

El que antes había propinado el culatazo a Cleveland alzó el arma de nuevo para repetir la suerte. Pero, Cleveland ya le esperaba. A él las cosas solo le sorprendían la primera vez.

Había inclinado la espalda.

La culata de la pistola resbaló sobre su hombrera derecha sin hacerle apenas daño. Y el que acababa de golpearle quedó apoyado encima suyo, guiado por el impulso que ya no pudo frenar.

Cleveland le «ayudó».

La torsión de su espalda envió a aquel buitro contra la ventana. Esta era lo bastante grande para que pasase un hombre.

Saltaron los cristales hechos añicos.

Y se oyó un terrible alarido.

La Skyline. La «línea del cielo».

Estupenda.

Pero a la gente no le gusta la línea del cielo si no tiene algo sólido bajo los pies.

El individuo dio una vuelta espantosa en el aire antes de estrellarse entre los coches que a aquella hora llenaban Marina Bulevar.

Quedaban dos pájaros más y la pájara.

La pájara quizá era la más peligrosa.

No se anduvo con contemplaciones.

—¡Fuego! —gritó—. ¡Acribilladle!

Los otros dos habían sacado sus pistolas provistas de silenciador.

Acababan de ver a uno de sus compañeros convertido en astronauta y a otro convertido en submarinista. Porque el que había quedado K.O. con la cabeza dentro de la bañera, se habría ahogado cien veces antes de despertar.

Por eso no vacilaron.

En sus cerebros parecía flotar una sola idea:

¡Muerte!

Las balas respuntearon la pared.

Para aquellos dos tipos fue increíble, pero Cleveland ya no estaba en el sitio donde ellos acababan de apuntar unas décimas de segundo antes. Por el contrario, hacia ambos volaba un armario lleno de mejunjes y de perfumes. Eso les hizo vacilar, mientras rodaban hacia atrás para evitar el choque.

Pero se encontraron con algo peor.

¡El agua de la ducha!

¡El agua ardiendo de la ducha que se derramaba sobre sus caras!

La chica fue la primera en gritar, al recibir el chorro ardiente. Los otros dos dispararon al aire, saliendo precipitadamente del cuarto de baño.

Cleveland no perdió un segundo.

Tomó a la chica por entre las piernas y la arrojó como un fardo contra el pistolero que estaba más cerca. A pesar de que aquella muñeca estaba llenita y no era ni mucho menos un saco de huesos, la manejó como si fuera una pluma. El pistolero y la ninfa rodaron por el suelo en confuso montón.

Cleveland masculló:

—Lástima no haber podido entretenerme en la «maniobra».

El otro se había vuelto hacia él.

El silenciador le apuntaba a la cabeza.

Pero Cleveland tenía a sus pies uno de los cojines del diván y lo empleó. Lo disparó de un puntapié contra la cara del individuo, que tuvo que apretar el gatillo a ciegas.

Cuando recuperó la visión, ya Cleveland estaba sobre él. Ya había sacado de la manga el cuchillo que siempre llevaba escondido en el brazo derecho.

El gesto fue fulminante.

El pistolero lanzó apenas un estertor.

Cleveland acababa de hundirle la hoja hasta el fondo. Luego le arrojó de un empujón hacia atrás.

Miró en torno suyo.

La ninfa y el otro vampiro estaban huyendo a toda prisa. No habían querido acabar como los otros e iniciaban una retirada en toda la línea. Por cierto que hablando de «líneas», la chica se había enganchado la falda y se la estaba dejando detrás suyo.

Cleveland recogió la «Luger».

Disparó una sola vez.

El tipo que ya estaba casi en la puerta se estrelló de bruces contra el suelo, sin lanzar un gemido. La chica desapareció dejando definitivamente la falda atrás.

Cleveland pensó que era inútil perseguirla. Por otra parte, no valía la pena, puesto que la atraparían al salir a la calle. No se puede ir por un barrio aristocrático enseñando las bragas, ni siquiera en Estados Unidos.

CAPÍTULO VII

RECUERDOS PARA EL SEÑOR CARTWAY

Cleveland descolgó el teléfono.

Sin prisas.

Sabía que aún disponía de algunos minutos antes de que los polizontes llegaran allí, pero sabía también que esta vez no podría huir como había huido en Niagara Falls. Aquella zona de Chicago estaba mucho más vigilada.

De modo que marcó cierto número de Washington. Había línea directa.

Una voz metálica le contestó:

—¿Cleveland?

—Tienes buena memoria. Hoy me llamo así.

—Esperaba tu mensaje por si había alguna dificultad. ¿Qué pasa?

—El Número Dos ha muerto.

Se oyó un gruñido.

—Más valdría que te hubieses muerto tú, Cleveland. Te envío recuerdos afectuosos para toda tu familia, empezando por tu mamá.

—Los gerifaltes de Washington sois muy amables, Liman. Pero yo no tengo la culpa si al Número Dos se lo han cargado también. Ahora solo queda el Número Tres.

—No sé quién es, Cleveland.

—¿Queeeeé...?

—Te lo juro.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Conocíamos los nombres y direcciones de los dos primeros! ¡Al tercero lo habíamos de conocer también!

—Los rusos lo guardaron en una especie de reserva. Por lo visto no les interesaba dar de buenas a primeras su nombre. Claro que podemos consultarles, pero eso requerirá un tiempo.

Cleveland estaba desconcertado.

—No lo entiendo —balbució.

—Te hablo con el teléfono privado, maldito esbirro, y por eso voy a decírtelo una vez más: los rusos idearon una nueva plataforma espacial que revolucionará todo lo que hasta el momento se ha concebido en esa materia. Una plataforma espacial que puede tener una importancia militar definitiva en caso de guerra, ya que desde ella nuestro planeta podría ser destruido.

—Conozco eso. Es lo único que sé.

—Pues bien, los rusos han firmado un acuerdo secreto con Estados Unidos: la plataforma se realizará con dinero y técnicos de los dos países y será destinada a usos pacíficos. En Washington estuvimos conformes. Dos técnicos nuestros fueron en secreto a Moscú y dijeron que la idea —aunque no les dejaron conocer muchos importantes detalles— era fabulosa.

—Oficialmente no sabía eso, pero lo imaginaba. ¿Y qué...?

—Entonces los rusos envían a dos técnicos más y buscan un lugar bien seguro donde la plataforma pueda ser construida, pues se ha acordado que su preparación se realizará en Estados Unidos, dado que aquí está mucho más adelantada la industria auxiliar y los costos serán menores. Eligen un emplazamiento ideal de acuerdo con nuestros técnicos. Seleccionan los sistemas de seguridad. Y se vuelven a su país.

—Hasta aquí perfecto. Sigue.

—El nuevo paso consiste en enviar los planos completos del proyecto para que se empiece a trabajar. ¿Cómo hacerlo? Ninguna fórmula les parece a los rusos bastante segura, teniendo en cuenta que ese proyecto vale miles de millones, y que cualquier banda internacional, apoyada por grupos financieros, podría poner todos sus recursos en juego para conseguirlo. ¿Cuánto pagarían por el proyecto los mismos chinos? ¡Hasta el diablo le darían si el diablo les pidieran! Y también podrían comprarlo los japoneses, que cuentan con una poderosa industria y un fuerte y activista grupo militar. Y hasta los mismos alemanes del Oeste, donde hay muchos revanchistas. En consecuencia, los rusos saben que el proyecto puede ser robado y quieren tomar toda clase de precauciones.

—Me parece absolutamente lógico —musitó Cleveland.

—Deciden al fin enviar el proyecto por medio de tres personas y en tres partes. El Número Uno con una parte del proyecto y el Número Dos con la otra. El Número Tres dispondrá de algunos detalles accesorios; además del proyecto completo. Por eso el Número Tres es el hombre que está en reserva, es el fundamental en todo este juego, y por eso los rusos no nos darán tan alegremente su nombre. Y ahora que los Números Uno y Dos han muerto, no sé si querrán darlo algún día. Es posible que recapaciten, se vuelvan atrás y realicen la plataforma sin contar con nuestra ayuda, lo que pondría la «guerra fría» otra vez en «guerra caliente». Las buenas relaciones de estos últimos años se hundirían quizá para siempre, y el peligro de una conflagración aumentaría. No quiero ni pensarlo.

Cleveland se mordió el labio inferior.

Sentía una terrible, una angustiosa sensación de fracaso.

—Ya recuerdo muy bien lo que me dijisteis —musitó—. Me dijisteis que esta era la misión más importante de mi perra vida.

—El Gobierno te ha estado pagando bien —dijo la voz—. Te ha estado cebando como un cerdo, maldito seas. Llega un momento en que confía en ti porque eres el único que puede entrar en contacto con esos rusos sin llamar la atención de nadie, y porque si hay que dar un guantazo lo sabrás dar. Pero has fallado, buitres. Merecerías que te hicieran tragar el ancla del portaaviones Roosevelt.

—Dime quién es el Número Tres. Al número Tres no lo matarán, te lo juro.

—¡Y yo te juro que no lo sé!

—¡Óyeme bien! ¡Oye...!

—Deja ya de ladrar, perro. Sé muy bien para qué me has llamado. En el apartamento de lujo de Marina Bulevar has organizado algo así como la matanza del cerdo, y sabes que ahora no tienes escape. En Niagara Falls te esfumaste, pero aquí no. Quieres que llame a alguien, ¿verdad? Quieres que te saque de este lío...

—La policía va a llegar de un momento a otro —dijo Cleveland—. Seguro que han detenido ya a una mujer de piernas sensacionales a la que luego interrogaremos. Pero lo que necesito es que no me enchironen a mí.

—Eso lo arreglaremos desde Washington. Confía en mí. Y vete al infierno con billete de urgencia, Cleveland. No sabes lo calentito que se está allí en enero.

Se oyó un chasquido.

La comunicación había sido cortada.

Cleveland colgó a su vez y marcó otro número. La ¡línea directa le puso en contacto con Nueva York.

Le contestó una agradable voz femenina:

—Oficina privada del señor Richard Cartway. Diga...

La voz de Cleveland fue impersonal y metálica.

—Quisiera hablar con él.

—El señor Cartway no está ahora en la ciudad, señor. Creo que no vuelve hasta pasado mañana. Pero con mucho gusto le dejaré un mensaje si usted me lo dicta, señor.

Cleveland masculló:

—Llamé desde Niagara Falls.

La voz de la secretaria sonó indecisa al otro lado del hilo. Se notó tanto su turbación como si Cleveland la tuviera delante.

—¿Cómo...? ¿Cómo dice?

—Sé que la cinta magnetofónica lo recogió, muñeca. Sé también que ese mensaje no ha salido del círculo más privado del señor Cartway. Pero

quiero saber si lo ha recibido ya.

—No ha podido recibirlo. Está... está ausente de Nueva York, ya se lo he dicho. ¡Y además usted no tiene ningún derecho a hablar así! ¡Voy a llamar a la policía!

—Llámala, nena. Pero antes vigila a ver, no sea que lleves una carrera en las medias.

—Usted es un... un...

—Un cerdo, ya lo sé —dijo Cleveland tranquilamente—. Pero al señor Richard Cartway le conviene entrar en mi pocilga y hablar conmigo, porque el no hacer caso de mi mensaje le acarreará graves consecuencias. Procura que se lo den pronto, nena. Procura que la cinta de los mensajes nocturnos donde aquello quedó grabado no se extravíe por ningún motivo.

Y Cleveland colgó.

Ya había dicho bastante.

Y tampoco le iba a quedar tiempo para decir mucho más, esa era la verdad.

Los polizontes estaban llegando.

Sus pasos ya atronaban la escalera.

Cleveland, con un gesto de desprecio, sacó un pañuelo y se tapó las narices.

Imaginaba lo que estarían pensando en Washington. Lo que estarían pensando en Nueva York. Sobre todo en Nueva York, donde se hallaba radicado el poderoso imperio de Cartway...

CAPÍTULO VIII

EL MILLONARIO

Son muchos los que han dicho que Nueva York es la ciudad de las mil oportunidades. Otros han afirmado, con más razón quizá, que es la ciudad de los mil contrastes.

Desde el norte de Central Park, en Harlem, donde los negros vegetan en su mediocridad o en su miseria, hasta la punta de la Battery, en el extremo sur de la isla, donde los banqueros de Wall Street manejan cada mañana en la Bolsa cientos de millones, hay tanta distancia social y económica como distancia física hay entre la Tierra y la Luna. Un verdadero abismo media entre esos dos mundos.

Desde la elegante Lexington Avenue, donde las mujeres de los millonarios salen a pasear con sus perritos pequineses, hasta la Avenida Doce, en los muelles bajos de Nueva York, o hasta el Bowery, donde en pleno día se amontonan los borrachos, hay también tanta distancia social y económica como entre un banquero de Londres y un cargador de los muelles de Singapur.

Y sin embargo, todos estos seres conviven en una misma isla no demasiado grande, una isla que en su parte más ancha mide poco más de doce travesías. Todos se juntan, se encuentran, rivalizan a veces por el mismo asiento en el *subway*.

Por eso tiene razón quien dice que Nueva York es, por esencia, la ciudad de los mil contrastes.

* * *

Para demostrarlo bastaría conocer a los personajes esta historia.

Bastaría conocer a Richard Cartway y a Lorena Jansen. Richard Cartway, el hombre al que llamaron desde el Niágara...

Cuando encontramos a Richard Cartway, éste se disponía a salir de un elegante club nocturno. Era guapo, elegante, distinguido, joven... Tenía además una envidiable salud y una más envidiable fortuna. ¿Es, pues, extraño que las mujeres le consideraran un hombre enloquecedor?

Richard Cartway iba de brazo con una espléndida damisela. Una rubia platinada que hubiera llamado la atención en cualquier lugar, incluso en las salas elegantes de la elegante Nueva York. Los dos sonrieron cuando aquel fotógrafo pidió retratarles juntos para una revista de sociedad.

—Con mucho gusto —dijo Richard—. Esta señorita es una de las mejores modelos publicitarias de las que existen.

Aquella foto de dos seres jóvenes, bellos y felices, daría la vuelta al mundo. Miles y miles de personas se dirían, al verla, que aquello era la felicidad.

Y lo mismo pensaba Richard Cartway.

Cuando el fotógrafo, al terminar su trabajo, le preguntó:

—¿Qué tal, amigo Richard?

El contestó:

—¡Fantástico! ¡La vida es maravillosa!

* * *

No podía pensar así Lorena Jansen.

Lorena estaba recluida desde seis meses antes en un hospital gratuito de Nueva York. Tenía juventud y belleza, pero nada más. No tenía familia. No tenía dinero. En cierto modo no tenía ni salud.

Precisamente vino a hablarle de eso el doctor Haggart aquella misma mañana. Entró decididamente en la habitación y dijo, mientras sonreía agradablemente:

—Buenos días, Lorena, ¿qué tal hoy?

El doctor Haggart era un hombre de unos cincuenta años, relativamente grueso, con bigote, y cuya expresión era siempre amable. Lorena, que no había visto casi a ninguna otra persona durante el último año, le consideraba como a un amigo y casi como a su padre. Haggart lo sabía, y esto le llenaba a su vez de un tierno sentimiento de comprensión hacia la muchacha.

Lorena susurró:

—Estoy mucho mejor, doctor. Gracias.

Los cabellos rubios enmarcaban el óvalo perfecto del rostro, los ojos quietos y profundos, la boca pequeña y sin embargo de gordezuelos labios

exquisitamente rojos.

—Precisamente de tu salud venía a hablarte, Lorena.

—¿Es que... ocurre algo?

—No. Todo lo contrario. O mejor dicho: sí que ocurre, pero es una novedad halagadora.

Se sentó en el borde del lecho. Su expresión bonachona se hizo más intensa; su sonrisa más amplia.

—Voy a darte de alta, Lorena.

—¿Estoy... curada?

—Sí. Definitivamente.

Lorena se mordió el labio inferior. Dijo entonces algo que había pensado cien veces. Algo que, sin embargo, parecía darle vergüenza decir:

—No quiero irme de aquí, doctor.

—¿Por qué?

—Siento miedo.

—Lo suponía, muchacha. No creas que no he llegado a conocerte bien. Me doy cuenta de que aquí, en cierto modo, habías encontrado un hogar.

—Es exacto, doctor. Mientras he estado aquí me he sentido siempre amparada, y he encontrado cariño en torno mío. Pero ahora, sin parientes y sin trabajo, ¿dónde voy a ir? ¿Qué será de mí?

Haggart sonrió.

Quería alentar a la muchacha, pero él mismo se daba cuenta de que ella no mentía. Aquel problema era el mismo de otras mujeres que estuvieron antes allí y algunas de las cuales fueron luego dando tumbos por los caminos de la vida. Lorena podía correr los mismos peligros.

Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo tenerla allí después de que la administración del hospital ya había cursado su alta? Lorena estaba curada. Lo estaba al menos físicamente.

Moralmente seguía siendo una enferma.

Pero él, ¿qué podía hacer?

Acarició suavemente el mentón de la muchacha, en tanto susurraba:

—Vamos, tú eres joven y no debes desanimarte. Eres lista también y encontrarás trabajo fácilmente. Lo que ocurre es que ahora estás algo desorientada, después de medio año de hospital. Pero yo mismo te buscaré algún empleo, no te preocupes.

Y, en efecto, decidió buscárselo. Lorena sabía que lo que el doctor Haggart decía era siempre verdad.

Pero quedó quieta en su cama de hospital, hundida en su propia soledad, rodeada de inquietudes que no lograba apartar de su corazón.

Inquietudes...

Todo el mundo las tiene, incluso las personas más afortunadas. Veamos, si no, a Richard Cartway.

Veamos lo que hacía la misma mañana en que Lorena recibía la noticia de su alta por parte del doctor Haggart.

Sigamos con la historia, olvidándonos por unos momentos de Cleveland, de Chicago y de Niágara Falls.

* * *

Richard tenía, como todos los hombres que manejan importantes negocios, un jefe de Relaciones Públicas.

Las amistades, la vida social, las relaciones influyentes, se han convertido en algo indispensable para los nombres que aspiran a ser algo en la vida. Y Richard Cartway no aspiraba a ser algo en la vida; lo era ya.

Su jefe de Relaciones Públicas era también millonario.

No dependía de él, de Richard. No era un empleado suyo. El importante y poderoso J. Carson poseía un despacho en la Quinta Avenida, y sus clientes eran unos pocos hombres de la categoría de Richard Cartway.

Cuando éste fue a visitarle aquella mañana, los dos nombres encendieron cigarrillos y quedaron unos instantes en silencio. Los dos podían permitirse el lujo de descansar la imaginación contemplando el magnífico paisaje que se divisaba a través de las ventanas, un paisaje que abarcaba desde la Battery a los magníficos rascacielos del llamado Pasillo de Cristal, en Park Avenue.

Al fin Carson, que estaba unido a Richard por una buena amistad, comenzó:

—Te he llamado por algo importante. Y he preferido que vinieras aquí antes de darte la lata en tu despacho. Aquí nadie nos oye.

Richard sonrió.

Sus cabellos dorados, su tez morena, de hombre acostumbrado a todos los deportes, le daban un poderoso atractivo, que Carson no valoraba, pero que sin duda hubiese valorado, al menos en su intimidad, cualquier mujer del mundo.

—¿Algo importante? —susurró—. Tú dirás.

—Richard, tú eres muy rico.

—Afortunadamente. ¿Piensas pedirme que te nombre mi administrador?

—Por ahora no lo necesito. —Encendió otro cigarrillo—. Mira, te conozco desde hace muchos, años, desde que fui nombrado consejero de tu

padre. Creo que en este sentido pocas personas te podrán orientar tan bien como yo. Además, para eso me pagas unos honorarios espléndidos. Debo decirte que, últimamente, tu popularidad ha sufrido un grave bajón.

Richard seguía sonriendo.

—¿Y qué?

—Parece mentira que preguntes eso. Todo el mundo vive de su popularidad, sobre todo en este país. No se nombra presidente al ciudadano más honrado y al más bueno, si no al más popular, a aquel que todo el mundo conoce. Tú tienes varios negocios, entre ellos una agencia de publicidad. La gente se dejará más o menos dinero en ella según sea tu fama.

—Comprendo... pero no del todo.

—Lo comprenderás enseguida y quizá no te guste, la gente opina que eres un *play boy*, uno de esos jóvenes millonarios que solo piensan en divertirse, lo cual además es cierto. En esas cosas la gente siente al principio admiración, luego envidia y al fin aburrimiento y hasta un poquito de odio.

Richard volvió a sonreír. No podía negarse que se sentía muy alegre aquella mañana.

—¿Y qué me importa a mí la gente? ¿Soy yo responsable de ser joven y feliz? Y además, puedo permitirme el lujo de ignorar la opinión ajena. Soy fabulosamente rico.

Carson hizo un gesto de impaciencia, aunque en seguida procuró disimular su estado de ánimo.

—Cierto, Richard, eres fabulosamente rico. Tienes despachos y sucursales por todo el mundo... lo cual crea como contrapartida que su mantenimiento cuesta un chorro de oro. Si todos tus negocios a la vez se pusieran a perder, no tardarías ni dos años en quedar arruinado.

—¡Eso es imposible!

—Cierto. Nunca se ponen los negocios a perder a la vez. Pero por lo pronto ya hay uno que no marcha bien, como te he indicado: la agencia de publicidad. He hecho indagaciones, y no está mal dirigida ni mal administrada. Simplemente ocurre que los anunciantes prefieren otras agencias porque tu nombre ya no es simpático a la gente.

Richard encendió otro cigarrillo.

Aquel problema, que no le importaba en el aspecto económico, al menos por el momento, le afectaba en cambio en el aspecto moral.

Más, mucho más de lo que él pensó al principio de la entrevista.

Richard siempre se había considerado a sí mismo como una persona por lo menos agradable para los demás. Siempre tenía una sonrisa a punto, procuraba no ofender a nadie, no insultar, no prevalerse de su situación de jefe. Era condescendiente con los periodistas y fotógrafos. Daba buenas propinas a todo a mundo. Obtenía los favores de muchas mujeres, pero

todas las recompensaba espléndidamente. Lo único que no hacía era casarse... porque este era el único precio que no estaba dispuesto a pagar.

Sin embargo, no concebía que resultara desagradable a alguien.

Y ahora resultaba que sí, que la gente, representada por la opinión pública, empezaba a tenerle manía.

—¿Es grave el bajón en publicidad? —preguntó.

—Grave. Más del treinta por ciento en un año.

—No lo sabía...

—No lo sabías porque te diviertes demasiado y no lees los informes que te envían tus jefes de empresa.

—Si todos los negocios bajaran un treinta por ciento lo cual es perfectamente posible, equivaldría a una catástrofe —musitó Richard, examinando por primera vez aquella inesperada eventualidad.

—Tú eres simpático y agradable, Richard —especificó John Carson—. Si todo el mundo te conociera personalmente, tu popularidad no habría dado un bajón. Pero la gente juzga a través de las fotos de las revistas, a través de los comentarios... No siempre la imagen que se forman es favorecedora. Yo creo que hemos tenido ya la primera señal de alarma y que debemos hacer algo.

—¿Algo? ¿Qué?

El hábil, poderoso y desalmado J. Carson le señaló con la punta de su cigarrillo.

—Yo, como tu jefe de Relaciones Públicas, he elaborado un magnífico plan. Escucha...

* * *

—Estoy cansado —dijo el doctor Haggart a su compañero de mesa, en el gran banquete de gala que se celebraba una noche más tarde—. Mis clientes aumentan en número, y todos quieren que les atienda personalmente. El hospital gratuito me roba muchas horas. Por cierto, John, del hospital gratuito precisamente quería hablarte.

—El ambiente de la fiesta, a la que solo asistían personalidades de la vida neoyorquina, no era el más adecuado para tratar de hospitales gratuitos.

Los vestidos que allí se lucían, las joyas que se exhibían en muñecas y escotes hubieran hecho parpadear al mismísimo sultán de Turquía, cuando el sultán estaba vivo y disponía de uno de los joyeros más importantes del mundo.

El mismo vecino de mesa del doctor Haggart era uno de los magnates de la industria del automóvil y representaba una importante oficina en

Nueva York destinada a organizar exposiciones y concursos en todos los lugares del mundo.

Su fortuna particular se evaluaba en unas cuantas decenas de millones.

—¿Pretende que haga un donativo? —preguntó sonriendo.

—Algo más sencillo y que no le costará dinero.

—¿Qué?

—Proporcionar un empleo.

—Eso no es difícil si la persona vale.

—Esta vale, y mucho. Fue hasta ayer una de mis enfermas, pero ahora goza de perfecta salud. Eso puedo garantizarlo. No representará ninguna carga para la empresa donde ingrese.

—¿Qué sabe hacer?

—Cualquier puesto lo desempeñaría con eficacia, incluso el de secretaria a nivel de dirección.

—Si usted la recomienda, la probaré con mucho gusto. ¿Cuándo podrá presentarse en mi oficina?

—Dentro de un par de días, si le parece. Necesitará aclimatarse de nuevo a la vida de la ciudad.

El magnate sonrió.

—Yo mismo la ayudaré citándola. Así se presentará menos cohibida. ¿En qué cama de su sala está, docto: Haggart?

—Está en una habitación particular del Hospital General. La 218. Se llama Lorena Jansen.

El magnate extrajo una pluma de oro y una agenda, y apuntó aquellos datos.

Luego, al volverse, vio a alguien que pasaba junto a ellos. Alguien que quizá se había detenido unos segundos allí para encender un cigarrillo.

—Buenas noches, Cartway —dijo el magnate. Richard Cartway correspondió al saludo.

—Buenas noches. Bonita fiesta, ¿verdad?

Y siguió caminando.

Nadie dio importancia a su presencia allí. Ninguno de aquellos dos hombres volvió a recordarla.

Y sin embargo, aquella casualidad tenía importancia. Mucha.

CAPÍTULO IX

UNA LLAMADA A WASHINGTON

El timbre sonó insistentemente en aquel despacho situado en los sótanos del Pentágono. Era uno de los sitios más seguros y más secretos del mundo, uno de los despachos mejor vigilados, más sólidos. Imposible de destruir incluso por una bomba nuclear.

Pero, curiosamente, el hombre que estaba en aquel despacho no dependía de los generales del Pentágono.

Era un enlace entre el Gobierno y el poder militar de Estados Unidos, uno de los tres más fuertes de la Tierra. Aquel hombre de cabellos entrecanos, de ojo grises, tenía a su cargo las misiones especiales que afectaban a la seguridad de Estados Unidos, pero en la que intervenía más de una secretaría. Lo que en Europa se llama más de un ministerio.

El teléfono que sonaba era el de la línea privada.

El hombre lo descolgó.

Con voz metálica, inexpresiva, dijo simplemente:

—Control Washington.

Era la misma voz que había sonado en Marina Bulevar, en la zona elegante de Chicago.

Y también sonó ahora en el despacho secreto de Washington la misma voz que antes sonó desde allí.

—Celebro oírte —dijo aquella voz—. Tú nunca echas una cana al aire, esbirro. Tú siempre estás en tu sitio.

—¡Cleveland!

—Nadie ha dicho que hoy me llame así.

—Hoy no tienes nombre, puesto que de momento no trabajas. Por eso me limitaré a llamarte simplemente «perro».

—Tú siempre tan amable, como todos los jefes.

—¿Desde dónde me llamas, perro?

—Desde Nueva York.

—Al fin te soltó la bofia de Chicago, ¿eh?

—Gracias a ti. Me preparaste una fuga que la hubiera envidiado el propio conde de Montecristo. Pero ahora me buscan por todo el país.

—Eso no es problema para ti. En cada trabajo te has disfrazado tan bien que en veinte misiones has sido veinte hombres distintos. Bastará con que ahora tengas tu auténtica cara para que nadie te busque, perro.

—De eso estoy seguro.

—Entonces descansa, ponte el bozal y calla. Ya recibirás órdenes.

—Me he arriesgado a llamarte porque quiero saber una cosa. Seguro que una chica fue detenida en Chicago, en Marina Bulevar; era la jefe del grupo que se había cargado al Número Dos. Quiero saber qué es lo que ha dicho.

—Poca cosa, perro.

—Pues prueba a escupirlo. Te sentará bien para el estómago.

—Hay una banda internacional que está metida hasta el cuello en esto. Un grupo financiero alemán la apoya pero contra ese grupo nunca podremos hacer nada; lo forman antiguos generales SS y viejos líderes nazis que ahora están parapetados tras sus respetables negocios. Tratan de hacerse con ese proyecto no para venderlo a los chinos y ganar dinero, sino para imponerlo como chantaje y dar lugar a una política revanchista dirigida lo mismo contra los rusos que contra nosotros.

—Comprendo.

—En fin, ese grupo es ahora lo menos importante. Como no podemos destruirlo, lo único que hemos de intentar es que fracase en toda la línea y que nuestra actual política de paz no se rompa. Pero los financieros han pagado a una banda internacional de asesinos para que hagan el sucio trabajo. Y no necesito explicarte cuál es: dar con el proyecto que nos envían los rusos.

—¿Fue todo lo que dijo la chica?

—Sí, todo.

—No es gran cosa.

—¿Qué querías sacarle más?

—El sitio donde se reúne esa banda, por ejemplo. Para caer sobre ella y destruirla.

—Es muy posible que nos lo hubiera dicho, perro.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Cometimos un descuido; o tal vez hubo una filtración, eso no hemos podido averiguarlo. El caso fue que la chica se suicidó en su celda cuando le habíamos concedido un descanso.

Se oyó un suspiro al otro lado del hilo.

Un suspiro más bien triste.

—¿Qué te pasa, perro?

—Pensaba en sus piernas. Lástima.

—Pues deja de pensar. Ahora no tenemos modo de sacar una sola palabra. Todo depende de que los rusos quieran decirnos quién es el Número Tres, y entonces deberemos empezar de nuevo.

—¿Vais a retirarme a mí de esa misión? ¿Se la vais a confiar a otro?

—No lo sé, perro. Tú tienes una ventaja: te disfrazas muy bien y encima eres duro como la roca. Pero puede que el Gobierno se haya hartado de ti y haya decidido utilizarte para otros trabajos. No lo sé.

—¿Qué debo hacer entonces?

—Esperar.

—Pero, ¿no hay ningún indicio de quién pueda ser el Número Tres? ¿Ninguno absolutamente?

—Nada. Los rusos no sueltan prenda. Para mí que se han asustado después de nuestros dos fracasos seguidos y están reconsiderando la cuestión.

—Pero... podría ir uno de nuestros hombres a Rusia para recoger el proyecto...

—Y tendría que volver a Estados Unidos, puesto que la plataforma se construirá aquí. ¿Qué se ganaría? Contra ese hombre actuaría la banda del mismo modo que ha actuado contra el Número Uno y el Número Dos.

—Tienes razón, esbirro. A veces, además de cobrar y atender al teléfono, también piensas.

—Vete al infierno, perro.

—No cuelgues aún. Quiero saber si vais a relevarme de esta misión. Después de que han matado a dos hombres como quien dice en mis propias narices, me costaría admitir el fracaso.

—Tú no has tenido la culpa, perro. Ahora te soy sincero. Has llegado tan lejos como un ser humano podía llegar, y lo que ha fallado ha sido nuestro servicio de protección a esos dos hombres. Si se conoce quién es nuestro Número Tres, volveré a hablarte. Pero insisto en que mucho me temo que los rusos se vuelvan atrás, el clima de cordialidad se rompa y llegue a originarse un grave conflicto.

—Lo sé muy bien. Por eso precisamente tengo tanto interés en llegar hasta el fondo.

El hombre de cabellos entrecanos separó un poco el auricular y murmuró:

—Ahora podré encontrarte donde siempre, supongo.

—Sí; donde siempre.

—Entonces mucha suerte, perro.

Y colgó.

Un gesto de preocupación se marcaba en la frente de aquel hombre encerrado en su despacho secreto de Washington. Un hombre que desde hacía treinta años tiraba de los hilos sutiles del espionaje y no se había equivocado jamás. Pero ahora...

Ahora estaba asustado. Ahora sabía que la paz mundial podía peligrar más que nunca.

Y lo peor era que no podía hablar de eso con nadie. Ni con el presidente de los Estados Unidos, al cual oficialmente no había visto jamás.

¡Maldito Número Tres!

¿Quién sería...?

CAPÍTULO X

SUAVE MUÑECA RUBIA.

El botones impecablemente uniformado llamó a la puerta de la habitación de Lorena Jansen, y esta le autorizó a pasar.

—Adelante.

Quedó muy sorprendida al ver al muchacho, y mucho más sorprendida al ver el precioso ramo de orquídeas que este sostenía en la mano derecha.

—¿Señorita Jansen?

—Sí... Yo soy.

—Estas flores son para usted.

—¿Para mí?

El botones sonrió.

—Aquí lo dice bien claramente.

Lorena tomó la tarjeta que iba unida a las flores. En el reverso figuraba su nombre y dirección. En el anverso un solo nombre que para ella, en aquel momento, no significó nada: Richard Cartway.

—No conozco a ese caballero —susurró.

El botones se encogió de hombros.

—Quizá haya un error, pero la dirección está bien, y en ese caso yo he cumplido mi encargo. ¿Es que quiere devolverlas?

Lorena se encogió con timidez.

Se sentía como asustada ante aquel regalo tan valioso, que al mismo tiempo, sin embargo, la llenaba de una secreta y desconocida ilusión.

—Oh, no... —balbució.

—Entonces, buenos días.

—Espera un momento.

¡Lorena le entregó medio dólar. Nunca había dispuesto de mucho dinero, y menos ahora.

Mucho menos ahora.

—Gracias.

El botones desapareció.

Y Lorena quedó absorta acariciando las flores como si estas fueran animalillos vivos.

Estaba atónita. No sabía qué pensar.

Pero mucho menos supo qué pensar a la mañana siguiente, cuando el propio Richard Cartway llamó a su habitación.

* * *

Richard Cartway vestía aquella mañana con elegante sencillez. Se había puesto un traje claro, de corte deportivo, llevaba una camisa inmaculadamente blanca y un: corbata color tabaco rubio que hacía juego con su bronceada tez. Lucía la mejor de sus sonrisas, cosa que no le costaba ningún esfuerzo, porque Richard Cartway sonreía siempre. En su mano derecha descansaba un ramo de orquídeas mucho más grande y caro que el día anterior.

—¿Señorita Jansen?

—¿Quién... es usted?

—Me llamo Richard Cartway.

Lorena se avergonzó de sus ropas sencillas, de la pequeñez de aquella habitación gratuita, de la luz triste, incluso, que penetraba a través de la única ventana.

Acababa de recordar quién era Richard Cartway, y le parecía increíble que aquel hombre pudiera estar allí.

—Me temo que sufre usted una equivocación, señor Cartway.

—¿Por qué? ¿No es usted Lorena Jansen?

—Sí, pero...

—Permítame.

Richard retiró las flores del día anterior y en su lugar puso el nuevo ramo. Sabía arreglar incluso las flores. Era un hombre cuyos gestos reflejaban la alegría de vivir, salud, fuerza... Un hombre cuya conducta, además, mostraba educación y buen gusto.

—Repito que me parece sufre usted un error, señor Cartway.

La voz de Lorena, sin embargo, era poco decidida. Era una voz que temblaba.

Richard la miró sonriendo. Chispeaban sus ojos de un extraño color azul-gris.

—¿Usted me conoce, señorita Jansen?

—Creo... que sí.

—Sabrá que tengo muchos negocios.

—Lo he oído decir.

—Y ha oído decir bien. Soy propietario de una cadena de almacenes, tiendas, fábricas, agencias de publicidad, un par de periódicos... ¡y no sé qué más! Le juro, señorita, que solo me falta tener un puesto ambulante de salchichas para tenerlo todo.

Hizo una pequeña pausa. Se notaba en sus gestos, en la expresión de sus ojos, que era un hombre práctico y acostumbrado a resolver las cosas, velozmente. Por eso, sin perder tiempo, añadió:

—Pero necesito una secretaria.

—¿Una secretaria?

—Sí. Una persona de absoluta confianza, y eso es difícil de hallar. Tengo centenares de empleadas y, sin embargo, no puedo elegir entre ellas. Apenas las conozco y ellas apenas me conocen a mí.

Lorena no entendía bien aquello, pero debía reconocer una cosa: aquel hombre creaba un clima especial. Todo lo que él decía parecía posible por el solo hecho de decirlo él. No eran sus palabras, sino la expresión de su rostro, de sus ojos... ¡qué magnífico agente de ventas hubiese hecho! Lorena empezó a pensar que, efectivamente, él necesitaba una secretaria. Y por increíble que pareciese, una secretaria como ella.

—Tampoco usted me conoce a mí, señor —susurró de todos modos.

Cartway volvió a sonreír.

—No lo crea... Casualmente he sabido algunas cosas de usted. Fue premio extraordinario en los cursos elementales de secretariado de la Universidad. Es taquígrafa diplomada y posee dos idiomas, uno de los cuales es el italiano. Terminó de estudiar hace tres años, poco antes de contraer la enfermedad que la obligó a hospitalizarse.

Y Richard siguió sonriendo.

Él sabía bien que no corría peligro de equivocarse al hablar de aquel modo. Todos los datos que acababa de dar eran rigurosamente ciertos. Los servicios de información de Cartway funcionaban con eficacia y sorprendente rapidez. Le había bastado dar un nombre y una dirección para averiguar en pocas horas todo aquello.

Lorena, cada vez más asombrada, susurró:

—¿Pero es posible que usted, que debe tener tantas ocupaciones, se haya fijado en... en...?

—Le confesaré una cosa, Lorena —dijo Richard con su natural desenfado—. Todas mis empleadas las contratan técnicos especializados a los que pago para eso. Últimamente no he estado de acuerdo con algunas de sus decisiones... ¡y quiero demostrarles que yo también sirvo para elegir personal! ¿Me defraudará usted, Lorena? ¿Sabría desempeñar un cargo que no es difícil, pero que requiere un orden y una acreditada honradez?

Lorena movió la cabeza afirmativamente.

En cierto modo ni se dio cuenta de que acababa de aceptar.

Pensaba que todo aquello, al fin y al cabo, era perfectamente real, perfectamente posible. Nunca había vivido en un ambiente de millonarios, y era muy posible que en ese ambiente las cosas se resolvieran del modo que ella estaba viendo.

—Le creo, señor Cartway —musitó—. Y me hace un gran favor, porque, ¡si supiera lo que en estos momentos necesito un empleo!

Realmente lo necesitaba.

Sabía que lo hubiera encontrado de todos modos en la inmensa Nueva York, pero quizá tardando bastante.

Casi todos los empleos requerían un examen previo, y ella estaba ahora muy desentrenada, después de un año de hospital. Un empleo como éste, en el que se valorase de entrada todo lo que ella sabía, no lo iba a encontrar fácilmente.

Por eso afirmó otra vez, con un mudo movimiento de cabeza.

Richard Cartway seguía sonriendo...

* * *

El edificio en que estaban instaladas las principales oficinas de Cartway era fabuloso. Lorena no podía creer que ella, tan insignificante, pudiera llegar a ser la secretaria de un personaje tan importante.

Cuando, dos días más tarde, se presentó en el magnífico edificio situado muy cerca del rascacielos de la Pan-American, estuvo a punto de no entrar.

Se sentía acobardada, llena de timidez.

Todo aquello, al fin y al cabo, había terminado por parecerle un extraño sueño.

Fue el uniformado conserje quien, al verla vacilar ante la entrada, preguntó:

—¿Desea usted algo, señorita?

Lorena era habitualmente una muchacha decidida pero en aquella ocasión no pudo evitar que su voz vacilase.

—Perdone... —susurró—. Yo voy a trabajar aquí... ¿Le molestaría indicarme a qué piso debo dirigirme? Voy a ser... la nueva secretaria del señor Cartway.

El conserje se quitó la gorra inmediatamente, como si su mano derecha hubiera sido empujada por un resorte.

—¿Cómo? ¿La nueva secretaria del señor Cartway? Ya me han advertido de su llegada, señorita Jansen. Pase, pase, por favor...

Abrió presurosamente la puerta del ascensor.

—Este —declaró solemnemente— es el ascensor privado del señor

Cartway.

—Pero...

—Suba, señorita, por favor. Son las órdenes que he recibido.

El mismo pulsó el timbre. Piso quince.

En el piso quince le estaba esperando un empleado irreprochablemente vestido.

—Señorita Lorena... El conserje me ha advertido de su llegada por el teléfono interior. He venido a recibirla. Acompáñeme, por favor.

Lorena extendió su mirada asombrada por el extraño universo que se extendía más allá del cuerpo de aquel hombre.

Lo que tenía ante la vista debía ser la sección de secretaría particular del poderoso señor Cartway.

Mesas lujosas de acero y piel. Máquinas de escribir eléctricas. Teléfonos blancos. Dictáfonos, flores frescas. Y un aire acondicionado que producía, al entrar allí, una grata sensación de, frescor.

La sección estaba compuesta por seis muchachas, todas ellas jóvenes y bonitas.

Todas ellas saludaron al mismo tiempo a Lorena.

—Buenos días, señorita Jansen.

—A sus órdenes, señorita Jansen.

—Bienvenida, señorita Jansen.

Había un millón de cosas que Lorena no entendería nunca.

Una de ellas, la principal, era la que le estaba sucediendo aquella mañana. Era como un sueño.

Pero un sueño maravilloso.

* * *

Cuando por fin penetró en el despacho del poderoso Richard Cartway, un despacho a tono con la categoría del edificio, no tuvo más remedio que confesarlo.

—Estoy aturdida, señor Cartway... Completamente aturdida.

Él sonrió de aquel modo especial, inimitable.

—¿Aturdida? ¿Por qué?

—Yo soy una chica insignificante, y sin embargo, ¡todo el mundo es tan atento y tan respetuoso conmigo...!

—Es que tu cargo es de la máxima responsabilidad y muy distinguido, Lorena —dijo—. No creas en modo alguno que se trata de una ganga; tendrás que trabajar de firme, y muchas veces, cuando estés agotada, te arrepentirás de haber aceptado. Por ejemplo, esta noche tenemos una reunión de negocios importantísima.

Ella movió lentamente la cabeza, de arriba abajo, aturdida aún.

Y fue aquella noche cuando para ella empezó... lo que parecía un extraño cuento de hadas.

* * *

Lo primero que hubo de hacer fue comprarse un vestido confeccionado y un sencillo collar, además de unos zapatos y un bolso de noche. Todo ello lo hizo bajo la experta dirección de la señorita Crawford, la primera secretaria, una dama otoñal que quería a Richard como si fuera un hijo, pero que era extraordinariamente discreta en todo cuanto se refería a él, a su vida personal, a sus negocios incluso.

Resultó increíble lo que un buen peluquero, lo que un vestido caro y un collar barato pudieron hacer en una mujer como Lorena Jansen.

Parecía otra cuando Richard, aquella noche, la fue a buscar en su fabuloso «Chrysler» al hotel donde se hospedaba desde aquella misma mañana por cuenta de la empresa.

En los ojos gris-azul de Cartway brilló una lucecita de admiración.

Y aquellos ojos no eran esa noche los del hombre de mundo o los de un hombre de negocios. En ellos palpitaba la sinceridad.

—Estás sencillamente maravillosa, Lorena... Tienes una espléndida figura, a la que todo sienta bien. Parece como si te vistiera el mejor modisto de Nueva York.

Lorena no supo qué contestar.

Sólo sentía que junto a él todo era más hermoso, más atrayente. Y que ella, en cambio, se hacía más pequeña, más insignificante, más tímida.

Richard dijo, sin dar importancia a la cosa:

—Vamos al Waldorf Astoria.

Para Lorena, que dos días antes aún se encontraba en su habitación del hospital, todo seguía siendo como un maravilloso sueño.

Ella sabía que en Nueva York existen hoteles más exclusivos y hasta más caros, como, por ejemplo, el Pierre, en la Quinta Avenida, confluencia con Central Park, pero ninguno de ellos tenía, al menos para la muchacha, el encanto, la distinción y el tono aristocrático, casi legendario, que todo el mundo atribuía al Waldorf.

Entrar allí, fue para ella como una revelación, como el nacimiento de una nueva vida.

Y cuando Richard Cartway la sacó a bailar, y cuando la estrechó en sus brazos, y cuando sus bocas estuvieron tan cerca que casi podían besarse solo con el pensamiento, Lorena se dijo que aquella vida era la más maravillosa que pudo soñar.

Tres días más tarde, Richard, que parecía haber estado muy ocupado con una serie de negocios, y que apenas le había prestado atención, dijo, con su habitual tono de indiferencia, sin dar importancia a la cosa:

—Esta noche hemos de ir a Washington en avión para una gestión importante, Lorena. El vuelo no es gran cosa: tres cuartos de hora escasos. Pero tendremos que hacer noche allí, en un hotel de la cadena Sheraton. Te he reservado una habitación cerca de la mía. Por cierto, nos acompaña míster Rowies. ¿Sabes quién es míster Rowies?

—Pues no...

—Es uno de los magnates del acero. Uno de los hombres más ricos de este país. Si sus consejeros de Washington están de acuerdo, realizaré la publicidad de sus productos durante dos años. Los beneficios pueden alcanzar varios millones de dólares.

Encendió un cigarrillo y preguntó, con su eterna sonrisa:

—¿Preparada?

—Richard...

Richard se puso en pie.

Sus ojos tenían un brillo desconocido, extraño, a la luz suave de aquel atardecer.

—¿Qué hay, Lorena?

—Richard, este empleo es maravilloso para mí. —Tratándole con el mismo tono cariñoso con que él la trataba, añadió—: Me llevas a todas partes diciendo que necesitas una secretaria, pero la verdad es que yo apenas trabajo. No te entiendo. No considero lógico que gastes tanto dinero en mí.

Richard Cartway se acercó. Su sonrisa había desaparecido.

Por primera vez Lorena tuvo la intuición de que las cosas podían ser distintas, de que debajo de la sonrisa superficial de Richard latía un hombre apasionado, cruel quizá, dueño de una personalidad avasalladora y potente.

—El dinero no tiene importancia, Lorena.

—Cuando se gasta sin motivo, sí.

—¿Crees que tú no eres motivo?

—No. No lo soy.

—¿Por qué piensas eso?

—Trabajo poco. No compenso el gasto que te proporciono. Esas fiestas, esos viajes, son fabulosamente caros.

—No para mí. Todo es relativo en este mundo, Lorena. Además, me prestas grandes servicios.

—Perdona si soy tan sincera, Richard. Y perdona si te trato con una

familiaridad que quizá no me hayas concedido. Pero lo hago para que mis palabras sean más directas, tengan más fuerza. Tú me pagas, me agasajas y no veo, en cambio, qué servicios puedo prestarte yo. Propiamente no he hecho trabajos de secretaria. Por lo demás, soy una muchacha que no tiene ningún mérito especial.

—Me acompañas, ¿te parece poco?

—Muy poco.

Richard se puso a reír con aquella risa optimista inimitable, que lo hacía distinto de todos los demás hombres que Lorena había tratado.

—Se ve que no conoces el mundo en que me muevo Lorena. Hay en este mundo más mujeres intrigantes y venenosas que serpientes en una selva. Hay también su buena cantidad de jovencitas que aspiran a un buen matrimonio y que no hacen más que dar complicaciones. Tú, al acompañarme, consigues ya que no me perturben. Quizá creas que ese es un servicio que no vale gran cosa. Y yo te digo sinceramente: es un servicio inapreciable. Además, Lorena...

Se acercó más a ella. Sus ojos seguían brillando de aquella manera peligrosa, inquietante, de aquel modo que Lorena no recordaba haber visto en él.

—Quisiera decirte también —murmuró Richard con voz ronca— que tal vez haya algo más. Algo que ni yo mismo acierto a explicarme ahora.

Tomó su mano. Lorena no se dio ni siquiera cuenta de que lo hacía. Todo en ella temblaba, todo en ella palpitaba de una manera desconocida e inquietante. Richard tenía fuerza, mucha fuerza. De pronto le hizo daño. Pareció como si algo superior a él le empujara hacia Lorena. Sus labios casi fueron a chocar.

Y entonces sonó el timbre prosaico del teléfono. El instante mágico, un instante que quizá no se volvería a repetir, murió apenas iniciado. Quedó roto.

—Prepara tus cosas, por favor. Salimos a las siete para Washington —dijo Richard mecánicamente, mientras descolgaba el teléfono.

* * *

El trabajo de Washington ocupó todo el día siguiente. Lorena pudo darse cuenta de que, en determinados aspectos, la vida de Richard no era fácil. Tenía que tratar con hombres tan poderosos como él, hombres que no siempre compartían sus puntos de vista y no siempre hablaban con honradez. Se dio cuenta también lo que un error podía costarle una auténtica fortuna.

Richard era un hombre optimista y que no sufría, pero en determinados

momentos tenía motivos para sufrir.

Por fin, sobre las siete, terminaron su última entrevista. El trabajo había concluido.

—¿Cansada? —preguntó Richard.

—Un poco. Más que nada... aturdida.

—Necesitas algo que te distraiga, Lorena.

—Algo al aire libre. Tengo la cabeza un poco cargada. No estaba habituada a esto.

—Ya te acostumbrarás. Y, por cierto, creo que tengo la distracción que necesitas.

—¿Cuál?

—Lo más sencillo del mundo. Un paseo en barca de remos por las orillas del río Potomac. Aquí cerca podremos alquilar una.

Lorena dijo que sí.

Creyó realmente que a Richard Cartway se le acababa de ocurrir aquella idea.

CAPÍTULO XI

LAS VIEJAS TORRES DEL KREMLIN

Mientras, en Washington, una muchachita sin importancia se disponía a pasear por el río Potomac con un millonario, al caer ya las sombras de la noche, en Moscú el ambiente era muy distinto. En Moscú acababa de empezar el día. La larga fila de personas venidas desde todos los rincones del inmenso país para visitar la tumba de Lenin, daba ya una vuelta casi completa a las murallas del Kremlin. Junto a esas murallas de color rojizo, maravillosamente conservadas a pesar de los siglos, los centinelas soviéticos, de rígidos uniformes verdinegros, parecían estatuas. El inmenso reloj de la torre que da a la Plaza Roja, y que rige oficialmente las horas de Moscú, acababa de desgranar sus solemnes campanadas. Por la suave rampa de la catedral de San Basilio ascendía en ese momento un lujoso «Zyss» negro.

El hombre que viajaba en él era norteamericano, pero usaba un coche ruso para llamar menos la atención. El chófer que lo guiaba y el guardaespaldas que iba junto a él también eran rusos. ¿Protegían al norteamericano o se dedicaban a vigilarle? Probablemente las dos cosas a la vez.

El coche entró en el Kremlin por la llamada Puerta del Reloj.

Contra lo que mucha gente cree, el Kremlin no es un recinto cerrado dónde está prohibido entrar. Por el contrario, el Kremlin posee los museos más importantes y las iglesias más nobles de toda Rusia, si se exceptúa quizá el famoso museo de L'Ermitage, de Leningrado. Esos museos y esas iglesias pueden ser visitados con casi completa libertad. En cambio los edificios gubernamentales situados un poco más allá están muy vigilados y tienen un acceso muy restringido.

El coche pasó sin dificultades hasta las zonas más privadas del Kremlin, hasta el sancta sanctorum del edificio color crema y blanco que se divisa desde el río Moscova.

El norteamericano que viajaba en él se llamaba Morrison.

Era un delegado especial del embajador, un enlace del servicio secreto que se relacionaba con los miembros del servicio secreto ruso. Y aquella mañana Morrison había llegado al Kremlin con una misión muy especial.

El hombre que le recibió en uno de los despachos que daban a la fachada del gigantesco hotel Rusia, era uno de los más prestigiosos generales del Ejército soviético. Ahora vestía de paisano, pero Morrison le conocía bien. El general Cherniasky había entrado en Berlín con las primeras unidades del Ejército rojo cuando era un joven teniente de veinte años. Desde entonces se había dedicado a los servicios de información. Hablaba nueve idiomas y conocía a todo el mundo.

Al igual que Morrison, no tenía sentimientos.

Lo único que le importaba era su país.

Y solo su país le importaba también a Morrison, quien se hubiera dejado matar por mucho menos de lo que ahora tenía entre las manos.

Morrison, siendo también un joven teniente de veinte años, había sido uno de los primeros hombres lanzados en paracaídas sobre Normandía en la madrugada infernal del 6 de junio de 1944.

Los dos hombres se miraron fijamente.

En realidad se comprendían muy bien.

Aunque estaban en distintos campos, eran como dos lobos de la misma camada.

Cherniasky musitó:

—Sé a lo que ha venido, Morrison. Sé que su Gobierno tiene el mayor interés en ese proyecto del que le hicimos partícipe, pero que se ha dejado escapar de entre las manos. Y mucho me temo que las circunstancias no sean las mejores para intentar ahora un arreglo.

Morrison se puso nerviosamente un cigarrillo entre los labios.

No debió haberlo hecho. El otro se dio cuenta, de que los dedos le temblaban y de que estaba demasiado nervioso.

—¿Problemas, general? —musitó.

Morrison, que era general de Aviación, lanzó una imprecación en voz baja. Una imprecación cuartelera que el otro entendió perfectamente.

—Sabe muy bien de qué se trata, Cherniasky —murmuró después de aquel desahogo—. El Número Uno y el Número Dos han muerto.

—Por culpa de ustedes. Nosotros enviamos a hombres perfectamente capacitados para ese trabajo, y que sin embargo fueron vilmente asesinados en territorio de Estados Unidos. En esas circunstancias, no podemos seguir depositando nuestra confianza en ustedes.

Morrison arrugó el ceño.

Aquel lenguaje no le gustaba.

Volvió a ser el típico lenguaje, que ya parecía tan lejano, de los tiempos de la «guerra fría».

—Mi Gobierno tiene el mayor interés en que ese proyecto se realice conjuntamente —dijo—. Precisamente el embajador me ha designado para que en su nombre dé cuantas explicaciones sean precisas. Si nos indican quién es el Número Tres, no habrá más dificultades. Él honor de mi país está empeñado en ello.

—El honor de su país ha sido puesto en entredicho por una banda de espías internacionales, una banda de vulgares asesinos, general —dijo Cherniasky, duramente.

—Se lo ruego... ¿a qué viene ese lenguaje? ¿No ha existido ya una amplia colaboración entre nuestros dos países? ¿A qué obedece este cambio de actitud?

—Hemos perdido a dos de nuestros hombres más fieles —dijo Cherniasky con voz ronca.

—Sé que la frase puede parecer salvaje, pero la vida de dos hombres, y de veinte, y hasta de veinte mil, importa muy poco ante un asunto como éste.

—Es que ahora se trata de un problema de confianza, general.

Morrison miró fijamente a Cherniasky.

Cada vez le gustaba menos aquel lenguaje.

Y sin embargo, cada vez lo entendía mejor. Se daba perfecta cuenta de algo que no hubiese querido creer: los rusos ya no se fiaban de ellos por ningún concepto.

—¿Qué está pensando? —musitó—. ¿Puedo acaso creer en la monstruosidad de que nosotros hayamos colaborado en la muerte de esos hombres? ¿Qué todo esto sea una comedia? ¿Qué tengamos ya los planos del proyecto sin tener que comprometemos en cambio absolutamente a nada?

—Yo no lo digo —susurró Cherniasky, mientras sonreía con desgana—. Usted se lo dice todo, general.

—¿Trata de insinuar que... que esos asesinos han sido pagados por nosotros, para así aprovecharnos de un trato que no estamos dispuestos a cumplir?

—Sigue siendo usted quien lo dice todo, general.

Morrison apretó los labios casi con angustia.

—Digan quién es el Número Tres. Les demostraremos que estamos dispuestos a cumplir el trato escrupulosamente.

—Esa no es pregunta que deba hacer ahora, general. El Número Tres ya no importa.

—¿Qué... trata de decir?

—Es posible que ese proyecto lo realicemos solos o con ayuda de los chinos. Un cambio en nuestra política exterior siempre es posible.

—Pero eso sería... ¡dar al traste con años de esfuerzos! ¡Usted lo sabe perfectamente, general Cherniasky! ¡Sería romper de nuevo el equilibrio

mundial!

—El equilibrio mundial puede ser examinado desde muchos puntos de vista —dijo el ruso filosóficamente.

—Se lo ruego... Usted y yo somos colegas, general Cherniasky, aunque estemos en campos distintos. Seguro que su vida es tan absolutamente igual a la mía que si dos personas pueden entenderse en el mundo somos nosotros. Mi país está decidido a cumplir el pacto, y puedo garantizarle que la banda de espías que se interpuso en él ha sido ya casi completamente aniquilada. Tenemos en ese trabajo a uno de nuestros mejores hombres, que es como decir a uno de nuestros mejores verdugos. Las cosas serán distintas ahora si sabemos quién es el Número Tres.

Cherniasky movió negativamente la cabeza.

—No puede ser, general. Crea que lo siento.

—¿Por qué no puede ser? ¿Sigue planteándome ese absurdo problema de confianza?

—No. Es que ya no vale la pena.

—No le entiendo. ¿Por qué no vale la pena?

—El Número Tres ha muerto. Lo asesinaron ayer en su país. El último eslabón se ha roto.

Morrison estaba anonadado.

Sentía como si le hubieran dado un mazazo en el cráneo.

Con voz casi inaudible balbució:

—No es posible... ¿Cómo sabe que el Número Tres ha muerto?

—Nos lo han confirmado nuestros servicios secretos. Era un comunista fiel, un hombre que había trabajado para nosotros durante muchos años, aunque en el fondo siempre buscó la concordia entre los dos países. Ya sabían ustedes que el Número Tres era un norteamericano. Pues bien, ese norteamericano ya no existe. Lo siento, general. Nunca sabrán su nombre. Y ahora le ruego que no me haga seguir con esta penosa conversación. Advierta a su Gobierno que es muy posible que mi país se retire de la Conferencia de Desarme.

Morrison estaba anonadado.

Sentía como si mil lucecitas bailaran ante sus ojos.

El, que había vivido los años de la «guerra fría», sabía lo que aquello significaba. El difícil equilibrio mundial podía irse al diablo en cualquier momento. ¡Sobre todo ahora que China era una gran potencia! ¡Ahora que existía el endémico problema de Vietnam! ¡Ahora que existía el problema de Oriente Medio!

—A veces pienso que se han vuelto locos, general Cherniasky —balbució—. Debiera darme al menos una esperanza. Les conviene a ustedes tanto como a mi país.

—Después de la muerte del Número Tres, está claro que no pueden garantizar la seguridad de ninguno de nuestros expertos. Y ahora buenos

días, general. Cuente con mi amistad personal en todo momento.

Y le tendió la mano.

Morrison sabía que aquello era verdad.

Su amistad personal...

¿Pero de qué diablos iba a servir, si un día se desencadenaba la catástrofe?

Cuando salió del Kremlin, sentía una especie de vértigo.

Los centinelas rígidos como estatuas, unas moles humanas que ni siquiera pestañeaban, se disponían a hacer el relevo de la guardia ante el mausoleo de Lenin. Una verdadera multitud llenaba la Plaza Roja.

Pero Morrison ni se enteró.

La cabeza le daba vueltas.

CAPÍTULO XII

UN POCO DE CENIZA

Los dos agentes de la Policía de New Jersey dirigieron la maniobra de la grúa cerca del Estadio de los Yanquis, a orillas del río Hudson. La grúa se llevaba un coche completamente achicharrado, un montón informe de metales retorcidos dentro del cual había una masa más informe aún: el cuerpo de un hombre que era poco más que un montón de ceniza.

Aquel hombre tenía las manos esposadas al volante.

Mejor dicho, lo que quedaba de sus manos.

Los dos policías, al asomarse por la ventanilla, contuvieron una expresión de horror. Habían visto muchas cosas, pero quizá nunca se habían encontrado ante un hombre abrasado de tal modo. Y martirizado de una manera tan salvaje.

Porque era evidente que lo habían ido quemando poco a poco.

Con las manos esposadas al volante.

Hasta dejarlo reducido a poco más que un montón de ceniza.

Un miembro del FBI se acercó, mientras otros agentes acordonaban la zona. Tuvo que cerrar los ojos por un breve instante, al ver aquello.

—Pero, ¿cómo han podido hacer esto? —barbotó.

—Seguro que lo hicieron en algún garaje privado, para obligar a este hombre a que hablara. Al no conseguirlo, terminaron de abrasarlo y luego lo abandonaron aquí. Los expertos en huellas dicen que este coche fue lanzado desde la caja de un camión de gran tonelaje.

El agente del FBI volvió la espalda.

Otro hombre se aproximaba a él.

Algunas personas de Washington lo hubieran conocido, sobre todo en el Pentágono. Era un tipo de cabellos entrecanos, de mirada dura, de movimientos mecánicos.

Sólo unas horas antes, aquel hombre había hablado con Cleveland.

—Retiren el coche —murmuró—. Ya basta.

—Perdone —dijo el federal—, pero antes quisiera hacerle una pregunta. ¿Tiene idea de quién era?

—Sí... Era un médico del hospital público. Por unos pedacitos insignificantes de su piel hemos podido obtener las huellas necrodactilares. Se llamaba doctor Haggart y existen sospechas de que en alguna ocasión hubiera trabajado para los rusos. Pero eso, ¿qué importa ahora?

Y volvió la espalda.

El hombre de los cabellos entrecanos tenía la mirada espantosamente fija.

Claro que importaba.

Él lo sabía bien, aunque no pudiera decírselo a nadie.

¿Y si aquel pobre tipo hubiera sido el Número Tres? ¿Y si hubieran acabado también con él como habían acabado con los otros...?

CAPÍTULO XIII

BUENA VIDA, MUCHACHO

Mientras el cuerpo carbonizado del doctor Haggart era retirado de las proximidades del Estadio de los Yanquis, y mientras Morrison libraba en Moscú una desesperada batalla, había gente que lo pasaba muy bien en Washington. O que, al menos, parecía pasarlo muy bien. Tipos a quienes la vida sonreía y que parecían señalados por todas las bendiciones. Cualquiera que hubiese visto a aquella pareja habría pensado: «¡Vaya vida que se pasa Richard Cartway!»

Porque la chica que ahora llevaba al lado valía la pena. En la vida de Richard, donde figuraban tantas mujeres, ninguna quizá había tenido la especial dulzura de Lorena Jansen.

Aquellos cabellos rubios...

Aquellas curvas poderosas y aquella mirada de chica que estaba dispuesta a darlo todo por una sola palabra...

Richard la miraba fijamente.

Se sentía extrañamente bien con ella. Le parecía que su vida era del todo distinta.

Los remos arrancaban mil distintos destellos al palear el agua. Fuera del ruido que ellos mismos producían, el silencio era absoluto en torno suyo.

Richard musitó:

—Después de un día tan agitado como éste, nos hará bien un paseo en barca por el río. Además, la verdad es que ya tenía ganas de encontrarme a solas contigo.

—¿Por qué, Richard?

Los labios de Lorena temblaban, pero ella misma no se daba cuenta.

—¿Y lo preguntas? —susurró él—. ¿No te das cuenta de que soy otro hombre desde que estás junto a mí? Antes solo me interesaban las diversiones y los placeres, mientras que ahora...

Se acercó a ella, abandonando los remos. Fue un movimiento rápido y hecho con gran habilidad. Lorena misma no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo.

Evitó mirarle.

Aquellos ojos tan cercanos, de mirada tan intensa, parecían penetrar hasta lo más hondo de su ser, descubrir extraños secretos que ella misma desconocía.

Richard continuó:

—Ahora parece como si todo fuera distinto. Quisiera encontrar palabras que te dijese cuán sencillo y maravilloso es este descubrimiento. No sé explicarte lo que siento junto a ti.

Una de sus manos fue al encuentro de la mejilla de Lorena. La acarició dulce, suavemente. La acarició con lentitud, con sabiduría.

Lorena se sentía paralizada por el asombro y sumida a un maravilloso éxtasis, un éxtasis que le impedía pensar. Era como vivir un sueño del que no hubiera querido despertar nunca.

Por eso, cuando Richard la estrechó en sus brazos, no supo oponer ninguna resistencia.

No supo ni tan siquiera pensar. Era como si solo su corazón viviese por primera vez después de muchos años de incertidumbre y de silencio. Como si su vida empezara justo en aquel instante, bajo el sol que ya se ponía, mientras recibía en su rostro los últimos rayos rojos del día que estaba muriendo.

Y de pronto se estremeció.

¿Qué era aquella pesadilla?

¿Qué había visto dibujado en el aire?

¡Era grotesco!

¡Era grotesco, pero existía!

¡Había visto números dibujados en el aire! ¡Había visto rectas, ángulos, coordenadas, cifras!

De pronto, el miedo llegó hasta la médula de sus huesos.

Era algo sobrenatural.

Pero los rayos rojos del sol se extinguieron en el horizonte. Y, al desaparecer aquellos rayos, todo cesó.

Se esfumó la pesadilla.

Se esfumó aquella oscura sensación de muerte.

* * *

Sí. Lorena se sentía paralizada por el asombro y sumida en un maravilloso éxtasis que le impedía pensar. ¡Un éxtasis del que no hubiera

querido despertar nunca!

Vagamente se daba cuenta de que Richard, el hombre en quien tantas miles de mujeres habían soñado, iba a besarla. Vagamente sentía que estaba en sus brazos. Pero era como si el mundo entero hubiese dejado de girar, como si solo ella y Richard palpitaran sobre la tierra.

Eran como una marca de fuego. Los fuertes brazos de Richard estrecharon su cuerpo.

Los labios masculinos se posaron en los suyos.

Lorena no oyó ni siquiera el ruido de aquella lancha motora que se acercaba a gran velocidad.

En aquella lancha iban el conductor y tres fotógrafos, todos tres provistos de potentes máquinas con teleobjetivos y flashes. De todos modos los teleobjetivos no iban a hacer falta. La lancha pasó a tres metros escasos de la barca donde se encontraban Richard y Lorena, haciéndola bambolearse.

Alguien gritó:

—¡Atención, muchachos!

Los flashes enviaron a la noche la luz de sus llamaradas lívidas. Los objetivos de las máquinas asaetearon a las dos figuras.

Lorena sufrió un calambre.

Bruscamente se desasíó de los brazos de Cartway de un modo instintivo, sin saber lo que ocurría.

—¿Qué ha sido eso? —balbució.

En los labios de Richard flotaba una alegre sonrisa de indiferencia.

—Nada. Deben ser algunos bromistas. Olvídalo.

La lancha ya se había alejado a gran velocidad, y ellos volvían a estar solos en el río, bajo la noche temprana, con la complicidad del silencio cargado de presagios.

Pero, a pesar de eso, Richard Cartway no demostró, a partir de entonces, el menor interés en volver a abrazarla.

* * *

Fue a la mañana siguiente cuando todos los periódicos publicaron la misma fotografía y parecidos titulares. Lo único que varió fue la página; hubo diarios sensacionalistas que le dedicaron un rincón de la primera plana; otros, más serios, le incluyeron en sus páginas interiores. Pero muy pocos omitieron aquella información.

La fotografía consistía en las imágenes de Richard y Lorena besándose en los labios. Los pies decían cosas por el estilo:

«El millonario Richard Cartway ha descubierto un nuevo amor...»

«El que amó a mil mujeres, ama ahora solamente a una...»

«¿Se ha enamorado seriamente el hombre imposible? A juzgar por su tierna actitud en la foto, todo parece indicar que sí...»

A la mañana siguiente —ya de regreso de Washington—. Lorena, entre cuyas obligaciones figuraba el repasar la prensa diaria, puso unos cuantos ejemplares encima de la mesa de su jefe.

—¿Te has fijado, Richard?

Richard parecía ocupadísimo aquella mañana.

Su mesa de trabajo aparecía materialmente abarrotada de papeles surgidos de no se sabía dónde.

Dirigió apenas una mirada a aquellos diarios que Lorena le tendía.

—No hagas caso de todo eso; se publican muchas tonterías al cabo del año.

Pero Lorena estaba apesadumbrada. Su actitud abatida era la de una mujer a la que faltan totalmente las fuerzas. En sus ojos brillaban dos lágrimas.

—Siento una gran pesadumbre dentro de mí, Richard —musitó—. Tengo la sensación de que por mi culpa vas a sufrir dificultades...

Richard llevó la derecha hacia la mejilla de la muchacha. En su gesto hubo una ternura de la que él mismo no se dio cuenta.

Sus dedos temblaron al acariciar la piel suave, tersa.

Su voz fue extrañamente dulce al susurrar:

—No te preocupes, Lorena. No vuelvas a pensar en ello. Soy yo el que quizá haya complicado tu vida, pero lo he hecho guiado por un sentimiento que no había experimentado hasta hoy.

Lorena alzó la cabeza.

Había algo en los ojos del hombre, algo que ella no había visto jamás.

Sintió que se le cortaba la respiración. Ante él, ante Richard, se sabía solamente una niña.

Supo que iba a besarla. Lo deseó con miedo, pero con toda pasión en el fondo de su alma.

Pero Richard no la besó. Simplemente se limitó a acariciarle otra vez la mejilla.

En aquel momento, desde una ventana situada al otro lado de la calle, en el rascacielos que estaba justo enfrente del edificio Cartway, un fotógrafo provisto de potente teleobjetivo captaba la escena.

Fue una foto perfecta.

Esta tuvo mucha más difusión que la anterior, quizá por el hecho de que era una foto mucho más difícil y por tanto resultaba periódicamente más interesante. En ella se veía a Lorena y Richard, muy juntos, tal como efectivamente habían estado el día anterior. El gesto de ternura de Richard resultaba suficientemente expresivo, así como el gesto de ansiedad de la muchacha.

Casi todos los periódicos la publicaron. No solo los de Nueva York. También los de las ciudades más o menos cercanas, como Boston, Baltimore, Washington, Filadelfia e incluso Pittsburg.

Lorena no sabía qué pensar.

No comprendía cómo pudo haber sido obtenida aquella foto, y se achacaba exclusivamente la culpa a sí misma. Richard Cartway era un hombre demasiado importante, un hombre al que ella estaba estorbando. No podía de ningún modo introducirse en su vida y desatar un escándalo que podría perjudicarle.

Por eso aquella noche, cuando terminó el trabajo y él la invitó a dar un paseo por las afueras con su «MG» deportivo que acababa de estrenar, Lorena fue la primera en decir, después de unos minutos de silencio:

—Esos periódicos, Richard... lo he visto hoy otra vez y no me he atrevido a enseñártelo.

—Sí, ya me he dado cuenta de que no me pasabas la prensa... ¡Pero he tenido tanto trabajo! ¿Es que ocurre algo?

—Richard, ayer, cuando hablamos, no sé si te diste cuenta. Estábamos junto a una ventana.

—¿Y qué?

—Lo he comprendido luego. Desde el rascacielos frontero, al otro lado de la calle, alguien debió fotografiarnos.

—¿Pero es posible que...?

Richard parecía sinceramente sorprendido.

Sus mandíbulas se habían encajado en un peligroso gesto.

—Temí que te ofendieras, Richard. Precisamente por eso no te he pasado los diarios.

—No debiste haberte preocupado. No tiene importancia —dijo roncamente él.

—Yo se la doy, Richard... yo quisiera decirte una cosa.

El conducía a gran velocidad sin mirarla, atento solo a las dificultades de la carretera. Sin embargo, sus labios se plegaron en una casi imperceptible sonrisa al murmurar:

—¿Qué has de decirme, Lorena?

—Si quieres... me iré lejos.

El frenó. El coche quedó suavemente aparcado al borde de la carretera. Luego se volvió hacia ella.

Sus ojos gris-azul tenían un extraño brillo esta noche a la luz de las

estrellas.

—Pero, ¿por qué? —susurró—. ¿Es que acaso piensas que me comprometes?

—Eso es justamente lo que estoy pensando, Richard. Yo soy demasiado insignificante para constituir en tu vida un estorbo o un problema.

Los labios del hombre temblaron.

—Un momento.

Un solo y maravilloso momento a la luz de las estrellas.

—¿Es que no comprendes que me has hecho cambiar? —susurró—. ¿Aún no te has dado cuenta... de que te quiero?

Se había inclinado más hacia ella. Sus labios estaban casi juntos. Sus respiraciones se encontraban:

—Richard... no... no puedo creerlo...

Toda su vida pasada parecía resucitar de nuevo en sus pensamientos. Toda su vida de muchacha pobre humillada, hundida. De chica que no conoció la felicidad, que no conoció el amor. Que no tuvo derecho a nada.

Y sin embargo, ahora...

Richard musitó:

—Lorena, te quiero...

Su voz era pastosa, ronca.

Su aliento quemaba.

Sus brazos fuertes, poderosos, atrajeron hacia su cuerpo el cuerpo palpitante de la muchacha.

Y en aquel momento, cuando sus labios iban a unirse, una voz dijo a poca distancia:

—¡Así quería veros yo, tortolitos!

El relampagueo del flash coincidió casi inmediatamente con la reacción de Richard Cartway. Richard saltó de su asiento, casi empujando a la muchacha, y corrió hacia el fotógrafo.

Este no había tenido tiempo de huir. Quedó como paralizado por la sorpresa, al no esperar una reacción tan rápida.

Era un hombre fuerte, pero junto a Richard parecía un alfeñique. Los poderosos brazos del joven le zarandeaban brutalmente.

—¿Pero qué se ha creído, estúpido? ¿Qué clase de canallada es esta?

El fotógrafo balbució:

—Estoy en mi derecho al...

—¡Le haré tragarse su máquina!

El fulminante gancho de izquierda envió al reportero por tierra. Dio una vuelta sobre sí mismo y gimió de dolor, pero no soltó su cámara.

Richard fue a abalanzarse de nuevo sobre él, pero el otro ya parecía haberse dado cuenta de que la situación era demasiado peligrosa. Saltó con una agilidad insospechada, corriendo como un desesperado en dirección al bosquecillo que comenzaba a extenderse a muy poca distancia de la

carretera.

Richard corrió tras él.

Normalmente le hubiera alcanzado, pero aquel bosquecillo, en combinación con la oscuridad de la noche resultó un hándicap demasiado duro para él. Pronto perdió al fotógrafo de vista.

Desde el coche, Lorena le oyó gritar:

—¡Huye, cobarde! ¡Huye con tu vil mercancía! ¡Pero yo te prometo que pagarás todo esto!

Vana promesa.

Esta vez los periódicos más importantes de Nueva York no tardaron ni cinco horas en publicar la foto.

Era, desde luego, una pequeña obra de arte.

Richard y Lorena habían sido sorprendidos en el momento en que sus labios iban a unirse. La expresión ansiosa de la mujer no admitía dudas en cuanto a la sinceridad de sus sentimientos. En cuanto a Richard no se le veía con tanta claridad el rostro, pero evidentemente cualquiera le hubiese reconocido.

Los pies de la foto eran esta vez mucho más ásperos:

«De nuevo nos hallamos ante la historia del príncipe y la Cenicienta...»

«La amada de Richard Cartway estaba hace unos días en la sala de un hospital gratuito...»

Tampoco Lorena, a la mañana siguiente, se atrevió a entregar los diarios a su jefe. Le parecía notar que todas las empleadas la miraban, que todas estaban en el secreto de sus extrañas relaciones. No se atrevía a salir apenas de su despacho de secretaria privada, contiguo al de Richard.

Pero éste se hallaba muy preocupado por otras cosas, al parecer. Durante la mañana recibió varias visitas. Luego sostuvo conferencias telefónicas... Al mediodía salió, diciendo a Lorena, con semblante distraído, que debía asistir a un cóctel.

No tomó su coche.

Fue hasta la primera esquina, se acercó a uno de los pequeños quioscos color verde de Nueva York y compró varios ejemplares de los diarios de aquella mañana.

Una expresión satisfecha flotaba en su rostro.

—Veo que esta vez se han dado más prisa que nunca... —susurró para sí mismo, mientras doblaba los ejemplares.

Acto seguido, penetró en un elegante club situado a poca distancia. Era un local exclusivo, con una entrada discreta, donde, sin embargo, se palpaba ese ambiente de elegancia que solo los locales más selectos tienen.

Allí le esperaban varias personas.

Una de ellas era J. Carson, el jefe de Relaciones Públicas.

Otra era el fotógrafo que dirigió la operación en la lancha rápida, sobre las aguas del río Potomac.

Una tercera el fotógrafo que obtuvo una vista desde el rascacielos frontero.

Y por último estaba también el fotógrafo al que él golpeó la noche anterior. Este aún lucía un pequeño esparadrapo en el pómulos, justo en el lugar donde había recibido el impacto.

Todos aplaudieron al ver a Richard, y alzaron sus vasos de *whisky*.

—¡Viva Richard Cartway!

—¡Viva el príncipe del Siglo Veinte!

—¡Viva el hombre que mejor ha pagado nuestras fotos!

Aquellas exclamaciones no obedecían a una broma. Aquellos hombres hablaban en serio, aunque había en sus palabras una exagerada dosis de adulación.

En el mundo del dinero, hasta las más desvergonzadas mentiras se han hecho admisibles.

Una camarera trajo nuevas copas con cócteles. Richard tomó una, con una sonrisa indescifrable, y la alzó a la altura de sus labios.

—Muchachos —dijo—, he pensado ofreceros esta pequeña fiesta para agradecer lo bien que habéis realizado vuestro trabajo. ¡No ha habido ni un solo fallo!

Se acercó al fotógrafo del esparadrapo, al que estrechó la mano.

—Sentí tener que atizarte tan fuerte anoche, pero había que fingir indignación...

El fotógrafo sonrió. Tenía los dientes desiguales y su aspecto al sonreír resultaba desagradable. Pero no había duda de que el tipo estaba contento.

—Después de la montaña de dólares que me ha pagado por mi trabajo, si quiere le dejo atizarme otra vez, señor Cartway.

—Dios me libre. No crea que resultó divertido.

Bebió un sorbo de su copa de cóctel.

Parecía feliz, pero sin embargo estaba pensativo. Su frente formaba dos arrugas fugaces, casi imperceptibles.

Miró de soslayo a J. Carson, mientras este se aproximaba.

—Todo ha resultado perfecto, Richard.

—Supongo que habréis tenido que pagar a tarifa de publicidad el espacio que ocupaban las fotos. Todos los periódicos las publicaron, incluso los que no rozan siquiera esta clase de temas.

—Sí. Tuve que pagar el espacio a la tarifa de publicidad, pero de todos modos resultó barato.

—Esa cuestión no me preocupaba, Carson.

—¿Estás satisfecho?

—Mucho.

—Más lo estarías si te encontraras en mi oficina. Sigo al minuto lo que ocurre en tus agencias de publicidad y mi teléfono no para de sonar dándome cuenta de nuevos progresos. Ya sabes que aquí la gente reacciona con mucha rapidez ante determinados estímulos. Pues bien, lo del príncipe y la Cenicienta se lo han tragado. El público sentimentaloides de aquí está interesado de veras. Son muchas las revistas que me han pedido declaraciones exclusivas y yo les he contestado que las tendrán a cambio de una exclusiva de publicidad por dos meses. Va a ser un chorro de oro.

—Pero si las entrevistés son exclusivas, solo podré concederlas a una revista...

—No seas niño, caramba. Lo único que variará serán las fotos. Y el enfoque de la entrevista, claro, pero ese ya es asunto mío. Me pondré de acuerdo con los reporteros que hayan de hacerlas.

Richard terminó su copa.

En sus labios seguía flotando aquella sonrisa indescifrable.

—Sí, la gente de este país es muy impresionable —siguió Carson—. Hay que tenerla interesada por algo o uno se hunde. Y nosotros no nos hundimos, Richard. Tan importante como el dinero que vamos a ganar, será el prestigio que, en el aspecto publicitario, ganaremos en todo el país.

Los ojos de Richard se nublaron por un fugaz instante.

—La gente no es demasiado lista —susurró—. No sé por qué les preocupan esas cosas.

—¿Pero qué tonterías dices, muchacho? La gente se derrite de emoción cuando un hombre poderoso y joven se enamora de una muchachita insignificante. Tú estás emocionando a varios millones de honradas amas de casa que aún piensan que el amor es algo maravilloso.

Richard sonrió otra vez.

No sabía bien por qué, pero aquella frase le resultaba especialmente cínica.

Muy bien. ¿Aquellos millones de honradas amas de casa seguían pensando que el amor es algo maravilloso? ¿Y por qué no?

¿Por qué J. Carson tenía que pensar que eso era tan solo una materia explotable, algo que servía para dar dinero?

Carson le conocía desde tiempo atrás. Su mirada inteligente y dura pareció atravesar a Richard, adivinar sus pensamientos.

Susurró:

—Si tú ganas dinero y haces feliz a la gente, ¿quién pierde?

Richard fue a decir:

«Lorena».

Pero no lo dijo. No se atrevió a modular aquel nombre ante el cual no encontraba justificación. Se limitó a levantar una nueva copa mientras decía con una sonrisa más amplia:

—Sí, el amor será algo maravilloso, pero yo me río de él. ¡Para mí el

amor es simplemente un negocio!

Una voz preguntó en aquel momento.

—¿También yo, Richard?

Todos volvieron la cabeza.

Una mujer, vestida con un ajustado dos piezas de seda oscura, luciendo como único adorno un collar de perlas que valía una fortuna, se acercó sinuosamente.

Se adivinaba en ella a la mujer que ha nacido en una alta cuna, pero a la que la vida ha ido enseñando todo lo demás.

Sus cabellos rubios brillaban en la penumbra de la sala.

—No me dirás que vas a casarte conmigo solo para hacer un negocio, Richard, aunque mi padre sea multimillonario.

Richard sonrió. Pero ahora su sonrisa fue de verdad sincera y amplia.

—No, Hada, contigo es distinto.

Hada musitó:

—Siempre es un consuelo...

—Yo te lo explicaré, Hada.

—No hace falta, cariño.

Le echó los brazos al cuello y se besaron los dos allí, delante de todos.

Se besaron ansiosamente.

CAPÍTULO XIV

LA SEGUNDA PIEL DE CARTWAY

Hada hizo un gesto suave de mujer para quien ninguna situación resulta ya nueva. Se dejó caer en el diván, alzó las piernas y lanzó los zapatos al aire con dos hábiles movimientos.

Luego, Hada puso un cigarrillo entre sus labios.

Aquellos labios eran rojos y pulposos.

Estaban hechos para besar.

Y ella lo sabía.

—Este motel siempre me ha gustado —dijo—. ¿Cuándo fue la última vez, que vinimos aquí, Richard?

—Creo que hace tres meses.

—Me divertí mucho, Richard. A veces me parece mentira que yo cobre por hacer esto.

—En el fondo eres una de las mujeres más cínicas de Estados Unidos, Hada.

—Ya lo sé —dijo ella, riendo—. Soy una pequeña zorra.

Y escupió el cigarrillo sin encender.

Así quedaban libres sus labios.

Alzó los brazos lánguidamente mientras susurraba:

—¿Pero qué te pasa? ¿Es que no te ha gustado venir conmigo, Richard? ¿No me besas? Si tienes un rato agradable y encima sin pagarlo tú, ¿por qué no lo aprovechas?

Richard Cartway se acercó a ella.

Hada había tendido los brazos.

Temblaban levemente sus labios pulposos. Brillaba a la luz de la lámpara su cabellera rubia. Palpitaba en ella una secreta ansiedad.

—A veces me parece mentira que seas una de las cortesanas mejor pagadas de Estados Unidos, Hada —musitó.

—Es que las cortesanas también a veces somos sinceras, amigo... con

según qué hombres.

Richard la besó.

Sostuvo su cabeza con las dos manos.

Aquellas dos manos duras como el acero.

Unas manos que jamás habían parecido las de un hombre de negocios.

Suavemente acarició aquellos cabellos rubios. Sus dedos se hundieron en la mata de pelo.

Y reaparecieron de pronto.

Pero ahora había algo extraño en aquellos dedos. Ahora brillaba en ellos algo parecido a una delgada línea de plata que Hada llevaba unida a la piel del cerebro, bajo sus cabellos rubios. Algo que Hada podía emplear fulminantemente sin que nadie lo notara.

Richard apretó aquella especie de línea de plata, que en realidad era un delgadísimo tubo con un mecanismo de expulsión hidráulico.

La flechita envenenada le había penetrado por el párpado derecho.

Cayó mientras giraba sobre sí mismo y acabó desplomándose de bruces en el instante en que alguien más aparecía tras él. Una nueva «Luger» provista de silenciador brotó junto a la puerta.

Hada había dado un tremendo salto.

Su hermoso cuerpo palpitante se había separado del diván.

Sus facciones estaban desencajadas.

—¡Richard! —gritó—. ¡Nooo...!

Dos botones rojos se marcaron en su pecho.

Dos extrañas y siniestras flores color escarlata.

Las balas la habían alcanzado de lleno. Richard, mientras tanto, disparó fulminantemente el cuchillo que siempre llevaba oculto en su manga.

El segundo hombre había alzado la «Luger» de nuevo.

De pronto sus ojos se volvieron, blancos.

Miró con, asombro hacia su propio pecho.

Y solo vio sobresalir el mango del cuchillo. Notó que sus piernas se doblaban. Se dio cuenta de que la sangre resbalaba hasta el suelo.

—¡Peter! —gimió—. ¡Peter...!'

Peter estaba entrando ya.

Era otro esbirro.

También su derecha estaba armada de una «Luger» con silenciador. También apuntó rabiosamente a Richard Cartway.

Y de pronto sintió como un brusco golpe en la nuca.

Su cuello había quedado casi partido en dos.

Los ojos se le tiñeron de un extraño color gris. Alzó los brazos al techo mientras soltaba la pistola.

La cuchilla con que le habían atacado por detrás casi parecía la hoja de una guillotina.

El hombre de cabellos entrecanos y de ojos grises, el hombre de

facciones heladas que venía desde Washington, se la dejó clavada y pasó con indiferencia por encima del cadáver.

Apenas dirigió una mirada a los otros muertos.

Parecía estar recordando la cínica frase que Morrison había dicho en Moscú: que en un asunto como aquel no importaban dos muertos. Ni veinte. Ni veinte mil.

Ni siquiera le impresionó el cuerpo de Hada, inmovilizado tras una última convulsión.

Con voz que parecía el chirrido de una máquina, dijo:

—Ella sabía a lo que se exponía trabajando para nosotros. Todos los agentes como ella pueden acabar así.

Aquellas palabras fueron todo el funeral por una mujer hermosa.

Luego se puso tranquilamente a registrar a los muertos.

Richard Cartway había hundido la cabeza. También él tenía las facciones extrañamente grises. Abría y cerraba las manos con gestos casi convulsos.

—¡Maldito seas! —barbotó—. ¡Maldito seas tú, Baxter, malditos sean todos mis jefes, todos los que piensan y deciden en el servicio secreto! ¡Maldito sea el día en que os conocí!

Bruscamente no parecía el mismo. Bruscamente sus fuerzas ya se habían derrumbado. De pronto, en unos segundos, Richard Cartway se había transformado en una ruina de lo que antes fue.

Baxter, que estaba sacando los documentos de uno de los muertos, le miró con sorpresa.

—Pero, ¿qué te pasa, muchacho? ¿Ya te has cansado de esto?

Y dejó de mirarle.

Como si Richard Cartway no fuera más que una pieza metálica. Como si no existiese.

Richard barbotó:

—Voy a dimitir, Baxter. No puedo más.

—¿Dimitir? —preguntó el otro, con una sonrisa cínica—. La que ha dimitido es Hada. Lástima de chica, qué diablos. Tan apetitosa, tan fina... Fingía ser hija de un millonario, pero en realidad era una elegante golfa que trabajaba para el servicio secreto. Una de esas pájaras que vuelven locos a algunos diplomáticos convertidos en viejos verdes. Aunque quizá en el fondo estaba enamorada de ti, Cartway... ¡Tanto fingir historias sentimentales contigo...! ¿Cuántas veces habíais venido a este motel?

—Era la segunda.

—Pues ya ves que los de ese grupo de espías no estaban dispuestos a dejarte en paz, Richard. Te han seguido hasta aquí y hubiesen acabado contigo a pesar de todas tus habilidades. Menos mal que Baxter, tu repulsivo jefe, también te seguía. Y menos mal que Baxter, tu repulsivo jefe, sirve para algo más que para hablar por teléfono desde Washington.

Se levantó, tras dedicar una última mirada de desprecio a los muertos, y añadió:

—No te han perdonado la gente que les mataste en Niagara Falls y en Chicago. Y en los sitios donde fuiste Thompson, Cleveland, y todo lo que se nos ocurrió. Tú tienes una segunda piel, Cartway. Una segunda piel de asesino.

Cartway tenía la cabeza hundida sobre el pecho.

Daba la sensación de que ya no podía más.

De que había llegado al tope de su resistencia moral y nerviosa.

El hombre de cabellos entrecanos continuó:

—Eres un digno hijo de tu padre, Richard. Tu padre fue durante muchos años el mejor agente secreto que tuvo el país, hasta que le hicieron pedazos al volar el avión en que viajaba. Para él había fundado el Gobierno una empresa de millones. Los grandes negocios Cartway. Agencias de publicidad, industrias, hoteles, compañías aéreas... Todo falso. Todo con dinero del Tío Sam, para disfrazar las verdaderas actividades de tu padre y para que así, al mismo tiempo, pudiéramos disimular a nuestros espías en cualquier país como empleados suyos. Y darles dinero. Y hasta ocultarles en sus camiones de transporte. Pero tu padre nunca consiguió que los negocios ganaran un níquel, Richard, mientras que tú los has hecho rendir de una manera insospechada. Hasta resulta que el Tío Sam obtiene beneficios contigo. ¿Y qué es esa historia de la chica? ¿La inventó J. Carson?

—Sí —dijo Richard amargamente—. Fue una de las ideas de Carson para que aumentaran las ventas. El nunca ha sospechado quién soy. Ni tampoco mis empleados más cercanos. Al contrario... ¿Quién me podría vincular como el Thompson que llegó a Niagara Falls? Desde allí, por teléfono, incluso me amenacé a mí mismo. Con eso y mi habilidad para disfrazarme iba saliendo del paso, pero ahora...

—¿Ahora qué, Richard?

Richard hizo un gesto de amargura.

No parecía el mismo.

Se le veía al borde de la derrota.

—Ya estoy harto, Baxter —murmuró—. El Número Uno y el Número Dos han muerto. Era la misión más importante que me habíais confiado y ha salido mal.

De nada me sirve pensar que esa banda de sicarios ha sido también eliminada. He fracasado y pido el relevo.

Estoy harto de sangre. Estoy harto de este maldito servicio secreto.

Baxter le miró con pena.

Casi con burla.

Él no comprendía aquello.

—A ver si ahora va a resultar que ahora tienes sentimientos, Richard —

musitó—. Lo mismo como negociante, como play-boy que como asesino nunca te has dejado guiar más que por la conveniencia del país.

Y eso es lo único que importa.

—Pero ahora me han hecho ver otros caminos... los ojos inocentes de una mujer.

—¿Qué mujer, Richard?

Richard Cartway movió las manos con oculta desesperación.

—Déjalo —rijo roncamente—. No tiene importancia.

—En cambio sí tiene importancia lo del Número Tres, muchacho.

—¿Qué pasa con el Número Tres? ¿Qué sabéis al fin de él?

—Sólo lo más importante: que ha muerto.

La cabeza de Richard sufrió una sacudida.

Musitó:

—¿Cómo... cómo lo sabéis? ¿Quién era?

—Nos ha costado mucho trabajo averiguarlo, pero al fin estamos seguros. El Número Tres era un médico llamado Haggart. Un buen científico, uno de esos hombres amables y buenos de quienes nadie sospecha. Se había pasado media vida en los hospitales gratuitos. Tú quizá le conocías.

Los nudillos de Richard Cartway crujieron.

Por un momento sus ojos se perdieron en el aire.

—El doctor Haggart... —musitó.

—¿Le recuerdas?

—Fue... fue el médico de Lorena Jansen. Lorena me ha hablado muchas veces de él.

—¿A qué viene hablar ahora de esa chica? ¿No era un simple truco publicitario? ¡Pues olvídala!

Los ojos de Richard Cartway seguían perdidos en el vacío.

Con voz opaca murmuró:

—Lorena siempre habla de él. Dice que era uno de los hombres más buenos que ha conocido.

—Bueno, pues la ha palmado. ¡Y era el Número Tres! ¡Estamos seguros! ¡Eso ha hundido el plan y ha hecho que todas nuestras gestiones con los rusos fracasen!

Richard no le miraba.

Sus ojos seguían extrañamente perdidos en el vacío cuando susurró:

—Lorena me dijo varias veces que era el único hombre que la había ayudado... Tenía mil detalles con ella. Incluso le regaló unas lentillas de contacto, de esas que se pegan directamente a los ojos, porque, según él, la enfermedad de Lorena podía haberle debilitado la vista. Y ahora Haggart ha muerto...

Parecía no creerlo.

Baxter masculló:

—Y no ha muerto de cualquier manera. No, eso no. Un tipo como él merecía algo especial, y esos esbirros lo asaron poco a poco. Pero olvídale. Ya no conseguiremos nada.

Richard se dirigió a la puerta.

Caminaba maquinalmente, como un autómata. —Lorena tiene que saberlo... —murmuró—. Si queda, algo de humano en mí, Lorena tiene que saberlo.

—¡No tienes por qué acordarte más de ella, perro! —masculló Baxter—. ¡Mejor harías tratando de arreglar las cosas con Moscú! ¡O enamorándote de una rusa!

CAPÍTULO XV

EL ÚLTIMO SOL ROJO

Por encima de los rascacielos de Manhattan, pero casi al borde ya de los mismos, el inmenso sol rojo enviaba sus rayos, sobre la ventana. Eran los últimos rayos del día y caían sobre el rostro quieto de la muchacha, sobre sus ojos entornados, sobre su mirada nostálgica.

Estaba en el despacho de Cartway.

A sus pies, cuarenta pisos más abajo, los hombres no eran más que minúsculas hormigas. Los coches parecían pequeños ratones traviesos. Y el sol rojo no penetraba hasta el fondo de las calles, pero llegaba con fuerza hasta sus ojos. Con una extraña fuerza...

Lorena Jansen quiso pestañear.

¿Por qué le estaba ocurriendo lo mismo? ¿Por qué tenía aquella pesadilla que tuvo en el río Potomac? ¿Por qué el espacio parecía llenarse de números, de rectas, de coordenadas pero que daba la sensación de que estaban surgiendo de su propio cráneo?

La voz llegaba lentamente hasta ella. Suavemente. Viscosamente, como una serpiente que flotara a sus espaldas:

—¿Señorita Jansen? Perdona que la moleste. Soy Carson, John Carson...

* * *

—¡Estás conduciendo como un bestia! —gritó Baxter mientras intentaba sujetarse al *tablier* del coche que manejaba Cartway—. ¡Maldito seas, perro! ¡Además te has vuelto loco! ¿Por qué no escuchas y conduces

con más serenidad? ¡Te decía que al Número Tres lo asaron vivo! Le registraron totalmente, incluso sacándole algunos dientes. ¡Incluso arrancándole las uñas! Ellos sabían que esos planos son imposibles de recordar y que los tendría en algún sitio. ¡Pero ni él habló ni los encontramos en ninguna parte! ¡Eh, tú...! ¡Por todos los infiernos! ¡Que nos matamos, perro...!

* * *

La muchacha se había vuelto.

Y, cosa incomprensible, al dejar de dar la cara al sol poniente los números se extinguieron. Las líneas y las coordenadas parecieron disolverse en el aire. En lugar de ellos, Lorena solo vio los ojos de aquel hombre, unos ojos que querían ser amables pero que reflejaban una frialdad inhumana.

—Señorita Jansen —susurró el hombre—, aquí tiene un pequeño obsequio. Le ruego que lo acepte.

—Pero, ¿qué es esto?

—Un cheque. Tiene escrita una bonita cifra, se lo aseguro. Por favor, acéptelo.

—Pero, ¿por qué un cheque...?

—Por las molestias que le hemos ocasionado. Ahora que no está aquí el señor Cartway debo decírselo yo, que soy su jefe de Relaciones Públicas. Esto debía tener un fin y ya lo ha tenido. Acepte este dinero. Podrá irse de Nueva York y vivir una larga temporada.

Lorena Jansen estaba totalmente desconcertada.

—Sigo sin entenderle, señor Carson. Todo esto, ¿por qué?

—¿Necesitará que se lo explique? Usted es lo bastante inteligente para comprenderlo, Lorena. El señor Cartway tiene su vida, tiene sus negocios... Hacer de príncipe bueno durante una temporada le convenía para sus asuntos. Y usted ha sido una Cenicienta perfecta. La gente se ha conmovido, lo ha comentado. Todo ha resultado tan perfecto como nosotros queríamos. Pero el sueño ha terminado, muñeca. Tome. La realidad tampoco está tan mal...

Lorena Jansen era inteligente, como Carson había dicho. Era tan inteligente que no necesitó más palabras para comprender aquello; no necesitó ni una frase más para que se formara en su corazón aquel vacío espantoso.

Se volvió lentamente.

La ventana abierta...

El vacío...

Y el sol rojo.

El último sol rojo.

—Señorita Jansen... Aquí lo tiene... Acéptelo...

¿Por qué aquellas líneas otra vez? ¿Por qué las cifras que la mareaban?
¿Por qué las coordenadas y las elipses? ¿Por qué aquella extraña pesadilla
que parecía surgir del fondo mismo de sus ojos?

* * *

—¡Oye, perro, nos vamos a estrellar contra un autobús! ¡Las multas no
me importan, pero la piel sí! ¿Por qué no me escuchas? ¡Maldito seas!
¡Óyeme bien, Cartway! ¡Si supiéramos dónde escondió el Número Tres los
planos y los cálculos lo tendríamos todo! Seguro que disponía de ellos en
microfilm y que los depositó en el sitio más insospechado. ¿Pero dónde...?
¡Por todos los infiernos, ayúdame a pensar! ¡Con esos datos aún podría
resolverse el problema! ¿Dónde debió esconderlos...?

* * *

Lorena Jansen volvió la cara un poco.

Los rayos del sol dejaron de posarse sobre sus ojos. Aquellos rayos que
ahora, como los de aquel anocheecer en el río Potomac, eran intensamente
rojos, rojos como la sangre.

Y también los números se esfumaron de nuevo.

Y también la extraña pesadilla cesó.

—Gracias, señor Carson —musitó—. Le agradezco de verdad ese gesto.
Muy noble por su parte, pero... pero gaste todo ese dinero en flores.

J. Carson, que estaba acostumbrado a que la gente no se anduviera con
chiquitas («los negocios son los negocios»), estaba totalmente
desconcertado.

—¿Pero flores para quién? —balbució—. ¿Para quién las quiere?

Lorena dijo con un soplo de voz:

—Para una muerta...

* * *

—¡Condenado perro! ¡Por poco nos metemos en el ascensor con coche y todo! ¿Pero a qué vas a tu oficina con esas prisas? ¡Óyeme de una maldita vez! ¡Lo que nos interesa es lo del Número Tres! ¿Dónde pondría eso? ¡Pero, oye...! ¡Que corriendo detrás tuyo he perdido un zapato! ¡Oye, so bestia...!

* * *

El último sol rojo.

Los rayos en las pupilas de Lorena Jansen.

Y otra vez la pesadilla, otra vez los números sin sentido, las líneas que parecían surgir de su propio cráneo.

Se lanzó al vacío.

Las calles de Nueva York.

Los hombres como hormigas. Los coches como ratas asustadas. El aire de Nueva York.

Sintió que daba una vuelta de campana en el vacío.

El olvido...

El olvido eterno para una muchacha que nunca debió vivir.

Otra vuelta de campana... Pero, ¿qué era aquello? ¿Por qué en lugar de despegarse de la fachada se pegaba a ella? ¿Qué era lo que la retenía en el aire? ¿Qué extraños garfios de hierro la habían detenido en el último segundo?

—Los números... —gimió, como si aquella última pesadilla marcara su vida—. ¡Los números y las líneas otra vez!

Aquellos garfios de acero tiraron de ella. No supo cómo había ocurrido todo. No se dio cuenta de lo que sucedía hasta que estuvo tendida, jadeando como una bestia herida, en el suelo del despacho.

Richard Cartway se había inclinado sobre ella.

Jadeaba también.

Sus manos la sujetaban por los cabellos rubios. Parecía querer convencerse de que seguía viva después de haberla cazado materialmente en el aire, tras entrar él en el despacho cuando Lorena se lanzaba. Sus labios temblaban. Sus facciones, siempre tan impasibles, estaban ahora desencajadas.

—¿Qué has dicho? —barbotó—. ¿Qué has dicho de unos números?

—Richard, los veo... ¡los veo cuando el sol está rojo y me da en la cara! ¡Los números y las líneas! ¡Una pesadilla que parece salir del fondo de mí misma!

Richard Cartway suspiró hondamente.

De pronto, un terrible cansancio parecía haberse apoderado de él.

—Quítate las lentillas de contacto, Lorena —susurró—. Quítate las lentillas que te regaló el doctor Haggart, diciendo que tenías los ojos

enfermos. No las has necesitado nunca en realidad. Quítate esas membranas que sustituyen a las gafas...

Ella lo hizo, procurando dominar su temblor espasmódico.

Aún no podía creer que Richard Cartway se encontrara allí. Ni que ella estuviese viva.

Richard le tendió las dos delgadas membranas a Baxter. Esas películas que se pegan al iris y que sustituyen a las gafas.

—Sólo son sensibles a los rayos rojos —musitó—. Lo que está impreso en ellas, en caracteres microscópicos, puede verse con comodidad, por ejemplo, en un laboratorio fotográfico. No era esto quizá todo lo perfecto que quería el Número Tres, pero sin duda no existía escondite mejor. Y ahora lléveselas, Baxter. Y déjeme en paz. Váyase... ¡váyase al infierno!

Y estrechó entre sus brazos a Lorena. Apretó fuertemente contra sí a Lorena Jansen, que lloraba como una niña.

John Carson barbotó:

—Pero, oye... ¿y ahora qué hago yo con este cheque? Cartway se lo plantificó en la cara de un puñetazo.

Mientras vacilaba antes de caer, Carson quedó lívido. A pesar de ser muy rico, nunca le habían dado un guantazo de veinticinco mil dólares.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España